



NOS VEMOS
EN ANTO

El *skatepark* de Antoniutti se inauguró en 1999 a pedido (insistente) de la comunidad

En 2020 se reformó por las malas condiciones dadas al descuido del ayuntamiento

KILOMETRO

El *skatepark* de Antoniutti, en el corazón de Pamplona, fue el primer *skatepark* inaugurado en Navarra. Antes de eso, la comunidad *skater*, que había comenzado a formarse como en el resto de España en los años 70, no tenía un lugar propio. Su inauguración supuso un punto de inflexión y se volvió muy pronto en un punto de encuentro.

TEXTO: CAMILA COHEN
ARAZI Y ION ERICE

“El *skate* en Pamplona, como en cualquier otra ciudad, tiene sus spots callejeros. Es un deporte urbano que se practica en plazas con bordillos, escaleras, barandillas. Estos lugares se convierten en un punto de encuentro donde los chavales y las chavalas se juntan para compartir una pasión. Los *skateparks* son de ellos. El *skateboarding* es un deporte que hay que darle mucho mimo para que los *skateparks* se cuiden y potencien más. He visto más de una vez a amigos y chavales traer una escoba de casa para barrer las piedras y las hojas de los árboles que caen en la pista para poder pati-

nar. Sería más adecuado que el servicio de limpieza de la ciudad lo hiciera. También he visto cómo arreglaban zonas del parque con cemento, cuando esto debería ser parte de una partida económica del ayuntamiento”.

Así resume Silvia De la Gala, Sika, la esencia de Antoniutti. Nació en Pamplona hace 41 años y se dedica a fotografiar deportes sobre tabla. Ella patinaba en Antoniutti, pero cuando se lesionó ambas rodillas en 2012 decidió quedarse detrás de la cámara y abrir un estudio audiovisual, Sika Point. Desde chica, paseaba con su madre por Antoniutti y La Taconera. A los 17 años quedó hipnotizada por los patines: “Me pasaba por allá a verles patinar. La primera impresión de Antoniutti fue un *Guau*. Mis ojos se abrían

cada vez que iba. Era un enganche para mí verles patinar”, cuenta.

La fotógrafa destaca la importancia de Antoniutti como un lugar propio de la comunidad, a la vez que denuncia la falta de cuidado y ayuda que recibe del gobierno.

Jóvenes y adultos se encuentran sobre el cemento de Antoniutti para aprender y divertirse. Ubicado en el centro de Pamplona, en él se curten los campeones navarros de *skate*, patinaje y *BMX*. Este enclave es considerado por muchos el *skatepark* más importante de Navarra. Un referente y pionero. Fue el primero de la zona y su apertura significó un gran progreso para la comunidad. Sin embargo, esto no lo ha eximido de agonizar frente a los descuidos del ayuntamiento.



Skater haciendo un truco en Antoniutti, 2020.

EDUARDO BUXENS

Tiene:

- cuartos de tubo
- barandillas
- escalones
- curvas
- obstáculos modulares

Gracias a la comunidad es que hoy existe. Su creación fue toda una lucha. Su mantenimiento lo sigue siendo. Este es el mayor problema al que hoy se enfrenta. Y el hartazgo y la frustración están alcanzando a sus usuarios.

La nueva generación sigue peleando para que las instituciones les permitan practicar su pasión en instalaciones aceptables y seguras, pero la sensación general es de que a nadie le importa y reman contracorrente. Los veteranos se enfrentan a un panorama desalentador. Cada vez hay menos gente nueva que acuda a Antoniutti. Cada vez hay menos gente que esté dispuesta a tomar la batuta y luchar por el espacio. Parece que la escena *skater* va a desvanecerse. Sin embargo, todavía se encuentran figuras que proporcionan un aire alentador.

España

El *skate* en España siempre estuvo influido por Estados Unidos. Sus modas, sus tiempos y sus auges ocurrieron en efecto dominó.

El *skate* nació del surf. Los surfistas californianos buscaban olas en el asfalto: los días en que el mar estaba planchado descubrieron que podían surfear sobre la tierra. De allí partió todo. En España, el eco llegó a finales de los sesenta. Los vascos fueron de los primeros en España en interesarse por el *skate*. ¿La razón? El turismo francés: mucha gente de Francia iba a Guipúzcoa a hacer surf y llevaban sus *skates*. En Francia, el *skate* tuvo un auge temprano porque encontró mucho apoyo de la Adminis-

tración, que construyó parques y espacios especializados desde el principio.

Los Sancheski, una familia de Eibar, decidieron adaptar el invento americano del *skate* y en 1965 patentaron el monopatín español. Al principio no los compraba casi nadie. Con los años, se popularizó con el monopatín Top Naranja.

NACE DOC CARIBBEAN

Este fue el primer patín de José Antonio Muñoz, conocido como Doc Caribbean, un ícono del *skate* Español. Nacido en Zaragoza en 1953, se convirtió en el pionero de la cultura *skater* en el país.

De niño patinaba en el Retiro junto a su padre con patines con botas de cuero, chapa de acero y ruedas de madera, fabricaba sus

propias goitiberas con sus amigos y, después de un viaje a Berkeley por estudios, trajo la cultura del *skate* americana a España.

En 1968, con 15 años, compró su primer monopatín: un Sancheski Top Naranja. Era de madera de haya. No giraba mucho. Ni tenía mucha resistencia. “A los diez días de dedicarme a bajar la cuesta de la calle Espalter como un loco se me salió una rueda —relata en una entrevista con Jot Down en 2014—. Fui a por repuestos y me dijeron que no había recambios. Y como soy muy cabezota y estaba entusiasmado con mi monopatín, me fui a la Cámara de Comercio de Madrid. Pedí la dirección de Sancheski, le mandé una carta donde le decía lo que me había pasado y a la semana me contestaron mandándome los repuestos gratis”.

En 1973 viajó a Berkeley y descubrió las ruedas de uretano. El silencio del desplazamiento lo deslumbró. No hacían ruido. Además, estas nuevas ruedas mejoraban la tracción y el agarre. Permitían movimientos más ágiles y dinámicos. “Con eso conseguías una velocidad brutal y nada de ruido— rememora el *skater*—. Entonces, me volví a España. Cuando iba por la calle patinando, todo el mundo me paraba a preguntarme dónde me había comprado eso. Fue tanta la gente que se interesó que decidí ponerme a escribir cartas a las marcas de monopatines para importar a España”.

Su amor al *skate* y sus ganas de compartirlo hizo que las ruedas de uretano cruzaran el Atlántico. Cuando finalmente consiguió que las distribuidoras le enviaran estas

Un recorrido resumido por la historia del skate en EE.UU

El mayor exponente del skate en el mundo

1950's SURFEAR ASFALTO

- **Primeros monopatines**
Es en los años 50 cuando se tiene constancia de los primeros monopatines.
- **Surfear sin olas**
Los surfers de California, para pasar el rato en días sin olas, decidieron acoplar cuatro ruedas de patines metálicas a una tabla de madera y "jugar" a surfear el asfalto y deslizarse cuesta abajo por las calles.

1960's POPULARIZACIÓN

- **Tablas profesionales**
Fabricantes de tablas de surf del sur de California comenzaron a construir tablas de skate de manera profesional y a patrocinar el deporte.
- **¡A competir!**
En 1963, Makaha formó el primer equipo profesional de skate, que compitió en la primera competición de skate de la historia ese mismo año en Hermosa, California.

1965 DECADENCIA

- **En picada**
La moda del skate cayó de pronto. Los medios de comunicación empezaron a publicitar el skate como una actividad peligrosa. Las pocas empresas que había cerraron.
- **Volver al DIY**
La gente, a pesar de las dificultades, seguía patinando por su cuenta y cada uno se fabricaba su skate como podía.

1970's RESURGIR

- **Equipo Zephyr**
Stacy Peralta, Tony Alva y Jay Adams popularizaron trucos cada vez más acrobáticos en el campeonato de slalom y freestyle en Del Mar, 1975.
- **Mejoras**
Frank Nasworthy inventó las ruedas de uretano. Alan Gelfand inventó el Ollie. En 1976 se inauguraron los dos primeros skateparks, uno en Florida y otro en California.



Secuencia de una exhibición en Antoniutti en 2009 organizada por el Cívivox.



MIKEL (REDDIT)

ruedas, las metía en el maletero de su SEAT 133 y las vendía en los jardines de Nuevos Ministerios donde patinaba. Este negocio clandestino, de a poco, mutó a lo que hoy sigue siendo su tienda de skate. Caribbean, inaugurada en 1975.

El skate español vivió su primera edad dorada entre 1975 y 1979. Sancheski vendía más que nunca y, por primera vez, aparecieron los parques. Gracias a la influencia de revistas americanas como *Skate-Boarder Magazine* o *Skateboard World*, la gente empezó a interesarse por los trucos y muy pronto quisieron un skatepark. "Empezamos a hacernos rampas nosotros", narra Muñoz destacando el carácter autosuficiente del skate.

En Madrid, un grupo de patinadores convenció al director del Parque Sindical para que les cediera un terreno vacío. Siguió las fotos de los skateparks gringos: construyeron un bowl pequeño, una pista de free y un quarter. "A mí me tocó alguna vez hacer mallazo a mano. Se hizo un drenaje natural. Todos aprendimos algo de albañilería gracias a don Tomás", cuenta Doc.

En paralelo, en Arenys de Munt, Joaquim Roig fundó el *Skate Club Catalunya* y levantó el primer parque privado del país. Llegaban autobuses llenos de jóvenes de toda España. En los altavoces sonaban los Ramones y Dire Straits.

El entusiasmo duró poco. Cuando en Estados Unidos cerraron los parques por problemas de seguros, el efecto dominó alcanzó Europa. Arenys se enterró bajo tierra. El skate se detuvo. Llegó el in-line y el roller. El BMX cobró protagonismo.

En 1984, el skate volvió a despegar. Comenzó la mayor fiebre del skate de toda la historia. Fueron los años de Tony Hawk, Tony Alva y Lance Mountain. Las tablas ya no eran juguetes: tenían concavidad, cola elevada y mayor estabilidad. Una vez más, Estados Unidos impulsó moda y volvió el skate a España. Con él llegaron las tensiones. Patrocinadores, rivalidades y lo que Muñoz llamó la "esponsorcitis". "Realmente éramos amigos todos, pero aparecieron los intereses comerciales y la gente empezó a competir con el resto y pensarse que valían más", sentenció.

Pamplona

LA GENERACIÓN AZUELO

El espíritu del skate comenzaba a tomar forma en Pamplona. Durante los ochenta, los skaters pamploneses se apropiaron de plazas y calles públicas para patinar. Michel "Elrap" Archanco García, uno de los primeros skaters de Pamplona, recuerda la consolidación de la comunidad: "Aquí [en Pamplona] los suelos están preparados para lluvia. Son de adoquín. Los adoquines de la calle para los skaters eran fatídicos. Entonces nos obligaba a tener que buscar puntos concretos donde poder patinar con buen suelo. Muchas veces eran sitios a cubierto donde poder patinar al margen de la lluvia. Antes de Antoniutti no había donde patinar. Usábamos la Plaza Azuelo y la U de Barañain. Todo descubierto. Estaba la Iglesia de los Corpos Cristianos de San Juan, sitios así que iban contándose muchas veces a escondidas la gente. Esto nos obligaba a juntarnos y hacer un poco de sociedad".

Anai García, otro integrante de la comunidad skater de Pamplona que luchó por la creación de Antoniutti, agrega: "En el barrio de San Jorge había una mini rampa que se construyó en 1990. Ya no existe. Era la única instalación decente que había en lo que se refiere a una construcción específica para skateboarding de rampa en Pamplona. Todo el mundo se conocía. Era una escena efervescente hasta que derribaron la Plaza de Azuelo original y básicamente prohibieron patinar en muchos sitios y se enraizó la cosa bastante".

POR Y PARA EL PATÍN

La clandestinidad y la necesidad hicieron que se creara una tribu urbana. Entre ellos germinó la idea que cambiaría el paisaje: un espacio propio. "Antes, cuando no había skateparks en Pamplona, éramos incómodos", explica Michel. La gente se unió, pidió firmas, protestó. A mediados de los noventa, el ayuntamiento cedió. Por fin, tras años de movilizaciones, se realizaría un skatepark en el céntrico parque de Antoniutti. Fue un paso

importante. Elrap, ya retirado por las lesiones que ha causado el patinaje en su cuerpo, sigue teniendo un fuerte sentimiento de comunidad: "Juntos, en su momento, nos movilizamos para que nos dieran nuestro espacio: ahora debemos de luchar para mantenerlo", sentencia. "Ahora ya todo se ha mimetizado y todo el mundo le da un poquito a todo. Antes era como más exclusivo", anota sobre la expansión de la comunidad más allá del skate. El Parque Antoniutti de Pamplona se creó en 1977 como parque urbano. En 1999, se inauguró el skatepark. Anai, de la mano de Mikel Erice, fue uno de los muchos propulsores de su creación y estuvo involucrado en el diseño original de Antoniutti.

"Tuvinos que convencer a políticos de la necesidad que había, lidiar con técnicos para navegar la burocracia, trabajar codo con codo con el equipo de obras del ayuntamiento para que los arquitectos llevaran a la práctica nuestra visión ayudándonos a ejecutar un diseño que cubriera nuestras necesidades y al mismo tiempo ceñirnos a un presupuesto, restricciones y regulaciones urbanísticas, etc —revive el hartazgo—. Hubo que hacer concesiones de todo tipo. Por un lado había una facción que quería un parque más rampero y por otro lado había otra gente que quería algo más callejero estilo skate plaza. Dadas las circunstancias creo que quedó un parque muy digno, patinable, divertido y con un sinfín de posibilidades en cuanto a posibilidad de hacer trucos de muy diferentes características y grados de dificultad. Pero yo personalmente lo viví como que me quitaban un peso de encima. Un poco de presión de cierta gente que no sabe apreciar lo que supuso hacer aquello totalmente por amor al arte".

El nacimiento de Antoniutti fue pensado por skaters para skaters. La comunidad skater de Pamplona consideró la inauguración de este espacio una victoria. Era un espacio que llevaban exigiendo y que por fin les era otorgado. "Atrajo eventos, campeonatos, tours. Hizo que Iruña saliera en vídeos y revistas internacionales y creo que aquello acabó de solidificar el concepto de escena al gran público e hizo ver que patinar no es un juego de niños. No son solo 4 amigos quienes lo practican", destaca Anai.

Javier Chourrat, alcalde de Pamplona en ese entonces, presentó la nueva instalación en una gran exhibición que se celebró a las 10 de la mañana el domingo 25 de abril. Cientos de personas asistieron

1975

LA SEQUÍA

● **Predecesores del *Bowl***
Cuando una sequía azotó California, se popularizó la práctica ilegal de aprovechar albercas vacías para patinar. De aquí salieron los diseños del “*Bowl*”.

● **Comienzan los problemas**
Corporaciones ajenas al *skateboarding* empezaron a infiltrarse y el *skate* perdió su esencia y su popularidad se desvaneció.

1980’s

ÉPOCA DORADA

● **Un desliz**
Ya no se construían *skateparks* porque los costes de los seguros se dispararon por la naturaleza propensa a las lesiones del *skate*.

● **La resistencia**
Comenzaron a crearse compañías de monopatines creadas y dirigidas por los propios *skaters*. La Bones Brigade popularizó internacionalmente el *skate*.

1990’s

EL STREET

● **Hip Hop**
El patín quedó relegado al *underground*. El hip-hop se convirtió en la nueva música que adornaba muchos videos de *skateboarding*. Se popularizó el *skate* callejero.

● **Nacen leyendas**
Los X Games como iniciativa de ESPN llevó a un nivel masivo los concursos de *skate*. Eso impulsó leyendas como Tony Hawk.

2000’s

NEGOCIO

● **Más *skaters* que nunca**
Los practicantes del *skate* aumentaron muchísimo y se fomentó la creación de *skateparks* en ciudades de todo el mundo.

● **De la televisión a las escuelas**
Fue tan popular, que algunas escuelas comenzaron a implementar en sus programas deportivos el *skate* para evitar el absentismo.

2016

¡LOS OLÍMPICOS!

● **Una victoria**
Tras mucho tiempo siendo reclamado por cada vez más público, por fin el 3 de agosto de 2016 el COI aprobó la incorporación del *skateboard* como deporte Olímpico.

● **Tokio 2020**
Se vio al *skate* en los Juegos Olímpicos.



y por 12 horas se disfrutó de un show de acrobacias de patinadores de distintas disciplinas.

Xabier Orriaga, *skater* de Bilbao, fue convocado por la distribuidora de zapatillas Solan para ser parte del espectáculo. “Fue ir ahí y patinar por la tarde— relata Xabi—. Estaba guapísimo. De los más guapos de la época. No había ningún otro así con la pirámide y la ola. Íbamos bastante desde aquí los fines de semana”. El diseño del *skatepark* era, para ese entonces, una maravilla. Realizado sobre una base de hormigón semienterrada, incluía curvas, rampas y una pirámide central. Se podría practicar *skateboard*, *BMX* y *roller*.

UNA VICTORIA CORTA

Antes de cumplir una década, el suelo de Antoniutti ya mostraba heridas. Grietas, pozos, metales punzantes. Los usuarios denunciaban el abandono. “Habían hecho una inauguración a lo grande, espectacular, dijeron que iba a ser el mejor *skatepark* de Navarra. Y después se lo olvidaron”, apunta

FRASES

“Antes de Antoniutti no había donde patinar”

- MICHEL EL RAP

“Tuvimos que convencer a políticos de la necesidad que había”

- ANAI GARCÍA

“De los más guapos de la época. No había ningún otro como Antoniutti”

- XABIER ORRIAGA

“Habían hecho una inauguración a lo grande. Después se lo olvidaron”

- DANIEL GONZÁLEZ LONGÁS

Daniel González Longás, presidente del SK8 Club Navarra y uno de los mayores promotores del deporte en Pamplona.

La historia volvió a repetirse: una vez más, a la comunidad *skater* le tocó cargar el peso del *skatepark* sobre sus espaldas. Exigían una reforma. Una solución. Fue una lucha. Se convocaba a todos a ir a Empadronamiento y rellenar instancias de queja, llamar al 010 y manifestarse en lo viejo. “Era ya por nuestra seguridad”, se queja Dani. Las ambulancias por caídas eran cada vez más frecuentes y los llamados al ayuntamiento eran respondidos con silencio.

Sika reflexiona sobre esto: “La organización es muy de los chavales y chavalas de Pamplona, van pasando por las generaciones y la verdad es que siempre se ha hecho muy bien. Sin embargo, se lamenta: “Los ayuntamientos no se han involucrado casi nada y las marcas podrían haber potenciado más los eventos y las competiciones. Han colaborado con los premios materiales y de apoyo como el coche de Red Bull para poner DJ y música

en vivo. Pero siento que un deporte que une tanto como el *skate* debería ser más apoyado por los ayuntamientos, marcas y empresas para fomentar más estos espacios que tanto bien físico y emocional hacen, darles mantenimiento y cuidado”.

Además de los agujeros, los patinadores denunciaban las pintadas que se hacían en las paredes de las rampas en forma de U. En vez de limpiarlas, la solución del ayuntamiento era pintar encima, pero la pintura se iba descascarando, hacía grumos y el patín no podía deslizarse. “En la época del 2011, cuando salió la ley esta de UPN que no se podía expresar en una vía pública, pues pintaban *graffitis* en el *skatepark*. Y al día siguiente venían del ayuntamiento y echaban una capa de pintura. Así 20 años. Imagínate cómo estaba el *skatepark* de capas de pintura— recuerda Dani—. Un invierno nos dio por picar la curva de Antoniutti. Natxo Oreja nos motivó. Él era como el papá del *skatepark*. Era invierno y por las lluvias solo pudimos llegar hasta la capa final en una curva. Y estaba

podrida y todo. Había baches por toda la rampa. Arreglamos las juntas también con cemento”.

El problema de los *graffitis* sigue sucediendo hoy. El ayuntamiento ya ni siquiera hace el esfuerzo de taparlos. La solución entonces y la solución de hoy siguen siendo la misma: arreglos caseros. Desde comprar cemento para rellenar grietas o tener una escoba escondida para barrer las hojas, son los propios usuarios los que se cargan al hombro el mantenimiento de este lugar público. El desamparo es total. Así lo describen Dani y muchos más.

Las quejas se acumularon, los periódicos locales publicaron fotos y finalmente en 2019 el Ayuntamiento de Pamplona destinó 171.000 euros para su reforma. Pachi Indurain, integrante de la comunidad y harto de las largas por parte de las autoridades, tenía contacto directo con una concejala y consiguió que se aprobara el presupuesto destinado para la reforma. O eso es lo que se dice entre las rampas del *skatepark*. De la mano de Daniel Yabar, un arquitecto que también forma-

Natxo Oreja haciendo un *ollie* en el *skatepark* de Mutilva.

LEO CAIXO

ba parte de la comunidad *skater*, las obras comenzaron en junio de 2020. No sin antes pelear contra la Federación Navarra de Patinaje, comenta el veterano Dani González, que presionó para que primero se reformara la pista de velocidad.

El estudio de Yábar afrontó el reto con una filosofía clara: mejorar sin borrar. El proyecto, ejecutado en el verano de 2020, consistió en la creación de una nueva piel de hormigón sobre la existente, la instalación de *copings* metálicos (los bordes que soportan el impacto de las ruedas y los trucos) y la ampliación de curvas para optimizar la fluidez de las líneas de patinaje.

“Buscábamos que el patinador sienta continuidad en cada giro. Las nuevas rampas y ‘corners’ permiten enlazar movimientos sin interrupciones. Es un proyecto técnico, pero también emocional”, explica Yábar, que sabe de lo que habla, pues él es uno de los muchos usuarios de Antoniutti—. La clave era integrar el *skatepark* en el parque sin que compitieran por el espacio. El hormigón, al estar semienterrado, genera una relación muy natural entre el deporte y el paseo”. La reforma ha permitido que Pamplona conserve uno de sus lugares más simbólicos para la cultura urbana, en un momento en que el *skate* ya es disciplina olímpica y símbolo de creatividad y comunidad.

En octubre, el parque reabrió. Todos sus usuarios, que ya no podían esperar más por su reapertura e iban de noche a patinar mientras estaba en construcción, lo celebraron con cariño.

Sika define la comunidad de Antoniutti hoy “muy tribu, pero muy

acogedora. Bastante masculina, pero con mucha facilidad de integración”. Esto mismo destacan otros. Jorge llegó a Pamplona hace cuatro años desde Colombia y frecuenta Antoniutti con su hijo. Comenta que casi no hay chicas, mientras que Kathia, patinadora de línea, destaca que, a pesar de la ausencia de mujeres, nunca se sintió excluida.

FRASES

“El hormigón, al estar semienterrado, genera una relación muy natural entre el deporte y el paseo”

- DANIEL YÁBAR

“Estos deportes han bajado un poco en los últimos años. Son deportes muy lesivos”

- MARTÍN HERNÁNDEZ

“A las generaciones más jóvenes, que tienen mucho potencial, falta acompañarlos”

- SIKA DE LA GALA

¿FALTA DE RELEVO?

Antioniutti, hoy, sigue siendo un punto de encuentro. Sin embargo, cada vez es menos la gente que acude: muchos hablan de la falta de relevo. Martín Hernández, asturiano residente en Pamplona desde hace más de ocho años, es un recurrente del *skatepark* y sostiene: “Estos deportes han bajado un poco en los últimos años. Son deportes muy lesivos y que al final llevan mucho tiempo. Cada vez hay menos gente nueva”.

Sika sentencia que la falta de relevo generacional está vinculada a la falta de competiciones: “A las generaciones más jóvenes, que tienen mucho potencial, falta acompañarlos y crear eventos donde sientan el espíritu del *skate* en competición”. La falta de apoyo del ayuntamiento ha llevado a que ya no se celebren competiciones ni exhibiciones en Antoniutti. No hay apoyo en la gestión de permisos, logísticas ni en lo económico. “En definitiva, hacer de las competiciones de *skate* en Navarra implica un crecimiento y potenciación del lugar”, concluye Sika.

Quizás Martín tenga razón. Pero la vida de Antoniutti todavía no llega a su fin.

Iker Muniain tiene 15 años y, al igual que sus amigos, empezó a ir a Antoniutti porque les gustaba el deporte. Vienen todos los días. Se ha armado una cuadrilla de seis amigos más con los que se juntan por las tardes a practicar el deporte y aprender trucos nuevos. Junto con su amigo Yerik, también de 15 años, destaca que lo más valioso de un lugar como Antoniutti es la comunidad: “Simplemente vine aquí un día y pues primero me

daba miedo tirarme de algunas rampas y eso, pero luego ya se me quitó el miedo. Los mayores, o la gente que ya sabe son amables, o sea, si te caes, en vez de reírse de ti, pues lo que hacen es te ayudan a levantarte o lo que sea — destaca mirando a su amigo con complicidad—. Cuando no sabíamos nada, pues siempre le preguntábamos a alguien que sabía y después como hay alguien un poco mejor o lo que sea en el grupo, pues nos enseña los trucos o nos da consejos o lo que sea para caerlos”.

Arkaitz Armendáriz, *rider* de *BMX* y subcampeón de España en dos ocasiones, opina que la diferencia de Antoniutti con otros *skateparks* es un *skatepark* “bastante” completo: “Ahora mismo sí que es más enfocado a rampa, porque tuvo una reforma, pero es un *skatepark* muy progresivo. El de Erripagaña es un *skatepark* mucho más técnico. Es más alto, es más difícil de bajar, es más difícil que alguien aprenda ahí, pero en Antoniutti, como tiene planos inclinados, rampas más suaves, es más sencillo”.

Antioniutti no pierde su esencia, y aunque pueda ser más reducida, sigue habiendo una comunidad que habita sus tierras. Jorge es un claro ejemplo del compañerismo paternal que destacan los más chicos: “Hay unos chicos de acá que patinan hace poco. Me vieron ahí montando y como estaban accesibles al *skate* aquí, pues yo le dije: ‘A cualquiera, le regalo una tabla si quiere montar’. Y como es tan barato, pues se la regalo y el otro lo apoya —señala el padre con orgullo— es muy fácil comenzar a montar. Solo es de tenerle amor a la vuelta y ya está”.

Leyenda

TEXTO: ALEJO LÓPEZ

Natxo Oreja falleció a los 48 años el 29 de mayo de 2024 a causa de un cáncer de páncreas. Dejó un recuerdo imborrable en el *skatepark*, siendo considerado por sus amigos “el padre del *skatepark*”. Su presencia era notable, convirtiéndose en una figura central de la comunidad cuya ausencia fue profundamente sentida. En junio, semanas después de su partida, la comunidad celebró un emotivo homenaje donde se colocó una placa con el mensaje: “Natxo patinó aquí como si no hubiese un mañana y Natxo siempre en nuestros corazones”.

Natxo nació en Pamplona y vivía cerca del *skatepark*. Siempre demostró un gran talento patinando. Fue uno de los primeros *skaters* que empezaron a patinar en Pamplona en los años 90 en lugares como las plazas de Azuelo y San Juan. Además, cuando los más mayores dejaron de patinar, él continuó y llamaba la atención de los más jóvenes por su destreza con el *skate* a sus 48 años.

Dani (Daniel González) recuerda que durante la conmemoración, la madre de Natxo entregó una bolsa con su ropa a sus amigos. Él se quedó con una sudadera. Con el paso del tiempo, un amigo, Boris, le dijo que esa sudadera era suya. Al notar la decepción de Dani, Boris decidió regalársela. Dani aún guarda esa sudadera.



Dani aprendió a patinar mirando y hoy se dedica a enseñar

Empezó a patinar como una forma de evadir sus problemas

Daniel González en Antoniutti de noche.

MARÍA GABRIELA MORALES

Esto va de gansos, *skaters* y aviones. La primera vez que Daniel González Longás visitó el *skatepark* de Antoniutti fue por su padre. Tenía nueve años, llevaba un par de patines y ninguna idea clara de lo que podría ocurrir en aquel lugar.

DANI



Dani haciendo un salto en el skatepark de Antoniutti.

CEDIDA

TEXTO: SOFÍA LÓPEZ,
BEATRIZ EGUIGUREMS Y
PABLO RODRÍGUEZ

“Soy maño”, afirma. Nació en Zaragoza, pero se crió en Pamplona desde los cuatro años. A las personas de Aragón se les llama “maño”, pero, sobre todo, es muy común llamarle así a los que son de Zaragoza. Se cree que la palabra maño procede de magnus, que en latín significa “grande”. Igual de grande que su pasión por el patinaje urbano. Hoy es *skater* profesional y da clases de iniciación a personas de todas las edades: desde niños de cinco años hasta señores de cuarenta. Es el referente por excelencia del *skateboarding* en Navarra y el pasado cinco de noviembre le dieron el título de la Federación Vasca de Patinaje (FVP). Dani es el “manager” de este mundo sobre ruedas en Pamplona. Para cualquier tipo de sugerencia, queja o consulta sobre el deporte: Dani is your person.

El *skate* es un estilo de vida y ha conseguido introducirse en todas las dimensiones de la realidad de Dani: en la espiritual, como propósito; en la familiar, como apoyo incondicional; en la social, como comunidad con personas con las que comparte pasión; y en la profesional, como trabajo. Sus cuatro ruedas. Tiene 34 años y vive con su pareja, Lilian, que es de Bolivia, y sus dos hijas: Lillie, de cuatro años, y Ollie, de ocho meses. Sí, como el truco. El *ollie* es el primer truco que aprenden los *skaters*: consiste en saltar con la tabla sin usar las manos y sirve como base para casi todos los demás trucos.

La primera vez que Dani se subió a la tabla sintió algo parecido al vértigo. “Lo primero que sentí fue el desequilibrio. Aguantar el cuerpo encima de un patín es una sensación impresionante”. Su mé-

todo de aprendizaje era tan sencillo como eficaz: el arte de observar y escuchar. “Aprendí viendo a la gente patinar. Observaba sus movimientos e intentaba copiarlos. A veces me acercaba a algún patinador y le preguntaba cómo se hacía un truco, y siempre intentaban ayudarme”, explica de manera ecuaníme. Dani aprendió como Don Quijote: “Haya donde fueres, haz lo que vieres”. Observó, escuchó y tomó acción.

La primera turbina de Dani fue la disposición, esas ganas insaciables de querer volar. Las turbinas son las piezas que mueven todo dentro del motor de un avión y lo llevan a la reacción. Su primer intento fue cuando se propuso saltar con la tabla en el aire sin usar las manos. El *ollie* fue el primer truco que aprendió.

ALZAR EL VUELO

Los que quieren alcanzar las estrellas no se conforman con rozar el cielo. Dani, a sus catorce años, sabía que quería ir más allá. En verano destinaba cuatro horas por la mañana y cinco horas por la tarde a patinar. Incansable. Avanzaba con sesiones de patinaje de seis o nueve horas. “No había quien me cansase, tenía mucha energía y ahí es donde creo que cogí el despegue de aprender a patinar”. Se ha convertido en el “capo de Antoniutti” a base de pequeños esfuerzos. Ha subido de nivel poco a poco, sin darse cuenta, porque estaba muy ocupado disfrutando. “Coges un nivel a base de horas, de caídas... y nunca hubiera pensado que me fueran a patrocinar”.

Dani fue el primer chico patrocinado por la marca Cachet, una tienda que podría considerarse parte de la historia del *skate* en Navarra. La marca le facilitaba material a cambio de que patinara con su ropa. Esta oportunidad le vino

del cielo. Un amigo suyo con el que patinaba le comentó que buscaban personal para trabajar en la tienda. Por la tarde, de la mano de su padre, Dani entregó el curriculum y le llamaron ese mismo fin de semana. Dani habla de su experiencia en Cachet desde la admiración y el cariño: fue el primer gran salto.

Tras años de dedicación y aprendizaje constante, Dani ha dominado la disciplina que lo ha llevado a convertirse en profesor de un club de patinaje y competidor profesional. Su trayectoria no es solo el resultado de un talento precoz, sino de una constancia inquebrantable.

Podríamos describir a Dani como un instructor de vuelo que protege y enseña. La idea que transmite a sus alumnos es que el dominio del patín no llega de un día para otro. Se construye con disciplina, paciencia y pasión. Cuando lleva a los chavales a competiciones y sienten miedo o inseguridad, les repite constantemente que en esta vida hay que tener valor. Del *skate* a la calle y de la calle al *skate*.

Lo importante para Dani es acompañar y acoger a otros para que encuentren en el patinaje lo mismo que él encontró: identidad, comunidad, libertad y refugio. Es transmitir una forma de habitar tanto el mundo como el *skatepark* basada en el respeto y en el cuidado de los demás. “Estáis ocupando el espacio y el espacio hay que compartirlo”, repite siempre a los más pequeños.

Alzar el vuelo no significa solo lograr trucos complejos o ganar competiciones. Las competiciones le ayudan a superarse a sí mismo y a demostrarse que puede más. “Estoy impresionado y cumpliendo todas mis metas, soy buen perdedor, hay días y días”. Perseverancia. Dani puede repetir un truco durante horas hasta que el cuerpo

memoriza el gesto exacto. No importa cuántas veces caiga: cada intento fallido es parte de un proceso que él asume como natural. Aprendió a no desesperarse, a escuchar su propio ritmo y a celebrar esas pequeñas victorias técnicas que no siempre son visibles para el resto. Le brotaron las alas a los nueve años, y nunca dejó de agitarlas. Ahora ayuda a otros a desplegar las suyas.

TURBULENCIAS

Su viaje no ha estado exento de turbulencias. Su primera caída importante fue con los patines, ocurrió a los catorce años, durante una sesión con un grupo de amigos en la Avenida Carlos III, que parte desde la Plaza del Castillo, en el Casco Antiguo, y se extiende hacia el sur hasta la Plaza de la Libertad de Pamplona. Intentó saltar unas rendijas, pero una de las ruedas se enganchó y salió disparado hacia delante. No tuvo tiempo de apoyarse con sus manos; su rostro impactó directamente contra el suelo. Aquel día, la lesión fue leve, pero la caída lo llevó al médico por primera vez. El diagnóstico: fractura de clavícula, un verano entero con cabestrillo y con una orden médica de abstenerse del patín.

En el *skate* y en la vida, también hay una conexión bidireccional de aprendizaje. El deporte va de caerse, levantarse y volverlo a intentar, pero la clave está en aprender a caer. Decidir cómo aterrizar el avión si la turbina presenta problemas.

Nadie garantiza el no volver a caer; el sufrimiento siempre es una posibilidad. “Ahora, después de veinte años, he tenido mi segunda rotura, pero ha sido la primera con el *skate*”, afirma. A principios de 2025, mientras patinaba en Ramputene, un *skatepark* de Donosti, una mala caída le provocó una rotura en el radio, uno de los huesos del antebrazo. Cayó hacia atrás y, al tratar de apoyarse en su brazo, lo posicionó mal. La cabeza golpeó contra el suelo y quedó inconsciente. “¿Dónde hay que firmar para otros veinte años?”, pregunta con una sonrisa.

Ninguna de esas lesiones logró detenerlo. Su carácter terco, perseverante y un poco temerario lo llevó a patinar con todo, incluso con la clavícula fracturada. Con cabestrillo puesto y a escondidas: claro ejemplo de esa “pizca de temeridad” que lleva dentro. La rotura en el radio, en cambio, lo hizo ser más prudente. “Es parte del juego: amigos de patín, amigos de hospital”. Al menos se lo toma con humor.

Las dificultades no siempre nacen de una caída. A veces surgen en la duda previa al salto, de la inseguridad ante un truco o módulos nuevos. La mente puede ser mayor obstáculo que el cuerpo. “Hay que ser positivo. No puedes pensar en mitad del truco que te vas a caer, porque te desconcentras. Y la concentración es fundamental”. Al conocer a Dani, es inevitable sentir envidia de quienes parecen tener claro para qué han venido al mundo. Cuando se monta en la tabla y se lanza al *bow*/entra en ese “estado de flujo” o “en la zona”: un momento de concentración abso-

luta y placer profundo mientras hace la actividad que más le gusta. Cuando la mente y el cuerpo entran en una especie de armonía da la sensación de estar flotando. El *skate* permite vivir en el presente en el “aquí y ahora”. Es el momento de libertad absoluta que incluso le hace olvidarse de hasta su propio nombre.

Existe un tipo de turbulencias a las que los pasajeros están sujetos, y Dani tampoco se ha librado de ella. Estos movimientos bruscos, inesperados y desestabilizantes durante el vuelo pueden llegar a ser más dolorosos que una caída contra el pavimento o una fractura de clavícula. “Mi vida de joven no ha sido muy fácil”, confiesa con sinceridad. Vivió la separación y posterior divorcio de sus padres a los doce años; su hermano pequeño fue el que se llevó la peor parte. “Al final, cuando tienes ese tipo de vida, que se separen tus padres, los problemas... tienes que evadirte de alguna forma”. Su forma de escapar de la turbulencia: “El patín me salvó. Quién sabe dónde estaría si no hubiese patinado”, agradece.

VIAJE EN BANDADA

¿Qué sucede cuando alza de nuevo el vuelo, recupera estabilidad y deja atrás la turbulencia?

Para entender quién es Dani, primero hay que mirar hacia atrás, porque solo con perspectiva es posible comprender cómo ha llegado hasta aquí y cómo las piezas empiezan a encajar. Cuando era más chaval observaba a “los mayores”. Él era Sancho Panza y tenía a su Don Quijote del cual aprehendió el espíritu docente, Natxo Oreja despertó esa vocación por el *skate* y por compartir el conocimiento práctico.

La segunda mirada llega después de enderezar la cabeza. En vez de enfocar lo que hay delante primero Dani promulga que hay que mirar a los lados: “Hay que estar siempre pendiente de los demás”. No podría haber llegado hasta aquí solo; al cielo se llega en equipo.

En consecuencia, es hora de direccionar hacia abajo esa mirada, que permite mantener los pies en la tierra y ayuda a encontrar el equilibrio, tanto en el vuelo como sobre la tabla. Mirar abajo, en Dani, no es signo de miedo o flaqueza, es entender lo que le sostiene.

Es un instinto de supervivencia que facilita asegurarse de que se están haciendo las cosas bien, que el vuelo es seguro. Por último, la piedra angular: mirar hacia arriba, para agradecer los dones que le han sido dados. Desde ese reconocimiento nace el deseo de devolver, de cuidar lo recibido, a aquel que ha estado velando cada paso de su camino, y esa gratitud se verá transformada en gozo como una forma de vivir.

Antoniutti es el espacio de encuentros; ahí florecen no solo los logros individuales, sino también las amistades. “Convivencia pura y dura”. En las familias grandes, las penas se dividen y las alegrías se multiplican. Las victorias individuales las comparten todos los demás patinadores.

Aunque el *skate* parezca un deporte individual, se vive en co-



Dani haciendo un *Fronside Air Indi Grab* para cambiar de rampa en el skatepark de Antoniutti.

CEDIDA



Dani patinando al borde de la *cornisa* en Antoniutti.

CEDIDA



Dani realiza un truco de transición en el skatepark, capturado en pleno momento de elevación.

LILIAN OLSEN
PAZ



Dani desliza la tabla sobre el borde de la rampa.

LILIAN OLSEN
PAZ



Dani haciendo un *Fronside Air Indi Grab a Disaster* en la competición Red Bull *Bowl Jaiders V*, en 2017 en el *skatepark* de Erripagaña.

SIKA DE LA GALA

muni3n con los dem1s, como las bandadas en vuelo: un grupo numeroso de aves que se desplaza junto. Migran en grupo, pero en alg1n momento tendr1n que aterrizar... Dani lo aprendi3 tiempo atr1s, antes de que la idea de volar eclosionara por completo en su cabeza.

Ese acompa1amiento mutuo le resulta a Dani tan valioso como el propio patinaje. “Este tipo de deportes te hacen m1s cercano a la gente. Al final haces amistades para toda la vida, porque compartes un prop3sito en com1n”, afirma. En su caso, esa red de apoyo fue esencial: el *skatepark* se convirti3 en su refugio, un hogar al que pod1a escapar cuando quer1a alejarse de casa.

Cuidar del espacio significa cuidar del espacio que te da cobijo. A veces Dani acude por las ma1anas al *skatepark* a barrer para recibir a todos los que llegan a patinar de la mejor manera posible. En otras ocasiones esparce sal para que la humedad de la lluvia no detenga su *flow*. Estos detalles pasan desapercibidos: quienes llegan piensan que las hojas se barren solas. No recibe ning1n tipo de agradecimiento, pero 3l sigue barriendo porque no lo hace por eso. Vive, sin darse cuenta, sirviendo a la comunidad, haciendo “lo suyo”: si nadie m1s lo hace, alguien tendr1 que hacerlo.

El conocer a personas que compart1an su misma pasi3n le abri3 nuevos horizontes: empez3 a asistir a sus primeros eventos de patinaje. Uno de los v1nculos m1s significativos que construy3 a trav3s del *skate* fue con Natxo Oreja, que adem1s de haber sido su amigo, fue su mentor: “Me met1a mucha ca1a. Me ayudaba a corregir los trucos y mi forma de patinar, porque a veces era un poco descabellada... Gracias a 3l empec3 a mejorar, a coger m1s seguridad”. A trav3s de esa amistad, Dani empez3 a participar en sus primeros eventos de patinaje.

Con el tiempo, se convirti3 en parte del tejido que sostiene la convivencia de Antoniutti. Es uno

de los patinadores que conocen el parque en todas sus horas: desde la calma de las ma1anas hasta el ajetreo de las tardes y el bullicio de los fines de semana. Acompa1a a los m1s peque1os cuando dan sus primeros pasos, media entre adolescentes cuando surgen tensiones y anima a quienes est1n aprendiendo a gestionar el miedo. Es un guardi1n silencioso y un protector vigilante.

Para muchos, Dani es un referente. Para otros, un veterano que ayuda sin pedir nada a cambio. Para la comunidad, uno de los pilares que garantizan que la convivencia funcione entre patinetes, *scooters*, *skaters*, *roller* y *BMX*. Los valores que rigen el *skatepark* —respeto, solidaridad y responsabilidad— son universales, y en Dani se personifican.

EL ATERRIZAJE

Despu3s de tantos a1os surcando el aire del *skate*, Dani est1 a punto de realizar su gran maniobra de aterrizaje. No un descenso brusco, sino esa aproximaci3n suave y consciente que solo hacen quienes llevan toda una vida manteniendo el vuelo. Su proyecto de construir un *skatepark* indoor en una nave de Pamplona no es simplemente un destino: es el momento en el que todas las horas de viento en la cara, todos los despegues fallidos y todos los giros dominados encuentran por fin una pista firme donde posarse.

Si uno mira atr1s, todo empez3 con un peque1o aleteo. Aquel kiosco improvisado en Ripa, levantado con tablas por “los mayores”, como su amigo Natxo Oreja, era una especie de nido abierto: desordenado, fr1gil, pero lleno de vida. All1 se reun1an los chavales, se pon1a m1sica, se vend1an bebidas y, sobre todo, se aprend1a a patinar como quien aprende a volar: tanteando el aire, dejando que los pies encontraran su propio impulso, confiando en que, tarde o temprano, llegar1a el momento

de levantar el vuelo sin miedo. Ese rinc3n, hecho casi a mano, fue su primera pista de despegue.

Hoy, con 34 a1os, profesor de *skate* y motor de una escena que crece a1o tras a1o en Pamplona, Dani quiere volver a ese lugar simb3lico... pero desde el cielo ganado a pulso. Quiere cerrar el c1rculo y aterrizar de nuevo en sus or1genes, aunque esta vez sobre un suelo s3lido, indiferente a los temporales y a las rachas imprevistas de la climatolog1a navarra. Su indoor es, en esencia, un refugio donde el vuelo nunca se cancela, un espacio patinable 24/7 en el que la lluvia no corta las alas.

La idea no es solo deportiva; es social, educativa y comunitaria. Dani imagina un modelo mixto en el que su empresa conviva con el club en el que trabaja —aunque 3l no sea su 1nico miembro— y tambi3n en colaboraci3n con otros colectivos locales. El proyecto necesitar1a *sponsors*, subvenciones y socios, porque el apoyo existe, pero la financiaci3n a1n no. Tiene hasta el 19 de junio para presentar la propuesta al ayuntamiento y obtener los permisos que permitan arrancar de verdad la maquinaria. Lo que ya est1 claro es la visi3n: un espacio plural, con zonas para todas las modalidades propias de un *skatepark*, desde el *bowl* hasta *street*, dise1ado para que cualquier persona pueda usarlo sin sentirse fuera de lugar.

Dani imagina un espacio amplio, con sectores para todas las modalidades del *skatepark*, un ecosistema donde cualquier persona pueda entrar y sentir que puede levantar el vuelo a su ritmo. La iniciaci3n segura es una de sus prioridades: ense1ar a superar el miedo, ese peso que a veces mantiene los pies demasiado pegados al suelo. Por eso piensa en m3dulos progresivos, en estructuras adaptadas y hasta en una cuerda colgada del techo para que los m1s peque1os —y no tan peque1os— se atrevan a lanzarse por la rampa sin temor a la ca1da. “Si te sujetas, comprendes

que puedes deslizar sin estrellarte”, dice. Es aprender a planear antes de batir las alas.

Y no solo piensa en quienes empiezan, sino tambi3n en quienes, por movilidad reducida, han tenido menos oportunidades para sentir esa sensaci3n de libertad que genera la tabla. Su *dreamland* incluir1a apoyos y adaptaciones para que cualquier cuerpo pueda volar, sin barreras ni limitaciones.

En el fondo, el indoor de Dani es el lugar donde todo su viaje encuentra tierra. Una pista segura donde posar lo aprendido, un hogar para la comunidad que ha acompa1ado su vuelo y un punto desde el que otros puedan empre-

der el suyo. Es el aterrizaje despu3s de una vida entera en el aire. Y, como hacen los gansos cuando regresan al lugar que reconocen como propio, Dani llega aqu1 no para detenerse, sino para dejar que otros alcen el vuelo.

Como los gansos que vuelan en bandada, Dani ha tenido que aprender a alzar el vuelo con lo que la vida le di3: sus peque1as alas. Esas representan todo lo que no puede cambiar: d3nde naci3, sus circunstancias, las dificultades que ha tenido, la falta de recursos e incluso la indiferencia de quienes deber1an apoyarlo. Pero, al igual que esos p1jaros migratorios, ha encontrado la fuerza para volar m1s alto que sus condicionantes. Sue1a con que un d1a llegar1 a cumplir sus sue1os. “El d1a que tenga que llegar, llegar1; seguimos trabajando, como todo ha llegado hasta ahora en mi vida”.

El tama1o del coraz3n humano puede variar seg1n la edad, el sexo, el peso, la altura y el nivel de actividad f1sica. Los deportistas pueden tener un coraz3n ligeramente mayor debido a la adaptaci3n al ejercicio. Para poder conocer sus dimensiones es necesario tomar en cuenta su longitud, anchura, grosor y peso.

Si se hiciera un estudio sobre las dimensiones del coraz3n de Dani, habr1a que tomar en cuenta que es un hombre de 34 a1os, *skater*, padre de familia, fumador asiduo, catador de fritos de gamba y amante de los animales.

Para medir las dimensiones del coraz3n de Dani, hay que tomar en consideraci3n diversas mediciones: de longitud, el tama1o de un *skate* (80 cent1metros). De ancho, la rampa Vert de Tony Hawk (4.1 metros). El grosor resulta m1s dif1cil de calcular, pero se podr1a estimar que es tan fino como las papelas de sus cigarros de liar: quiz1s por su delgadez resulta tan f1cil acceder a 3l. Por 1ltimo, pesa la suma de toda la gente que carga dentro de 3l. A sus hijas, Lilian, Ussa, Natxo Oreja, sus alumnos, su hermano... a los que est1n y los que ya no est1n.

FRASES

“Ten1a mucha energ1a. Ah1 es donde cog1 el despegue de aprender a patinar”

El dominio del pat1n se construye con disciplina, paciencia y pasi3n

El deporte va de caerse, levantarse y volverlo a intentar. La clave est1 en aprender a caer

“Este tipo de deportes te hacen m1s cercano a la gente. Haces amistades para toda la vida”

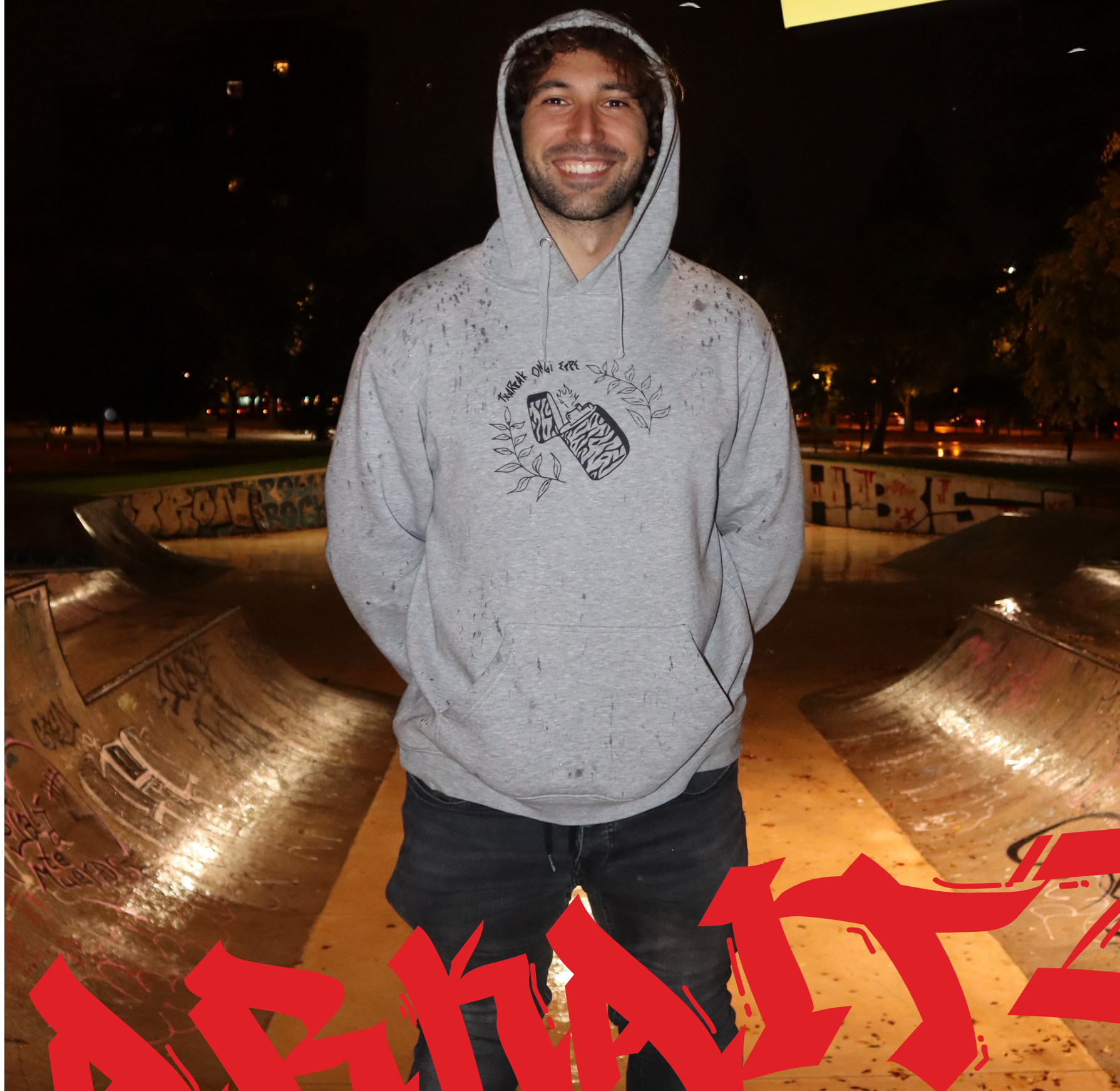
- DANI

Arkaitz Armendáriz en Antoniutti de noche.

MARÍA GABRIELA MORALES

Salió tercero de España en BMX en el 2022

Quedó subcampeón en el Campeonato de España de BMX Freestyle Park en 2019 y 2021



Arkaitz Armendáriz tiene 27 años. Ha pasado los últimos quince practicando este deporte. Más de la mitad de su vida. Fue amor a primera vista, un amor que ha perdurado a pesar de las desilusiones y dificultades. Arkaitz nació para el *BMX*.

ARKAITZ



Arkaitz encara una rampa de Antoniutti listo para saltar.

TEXTO Y FOTOGRAFÍAS:
MARÍA GABRIELA MORALES

La historia comienza en 2009, cuando abrió el *skatepark* de su pueblo, Noáin. Arkaitz tenía once años y le gustaba ir con sus amigos a ver a los más grandes montar: “Vi *skaters*, vi *scooters*, vi *rollers*...y vi *BMX*. Y dije, ‘yo quiero montar en bici’”. Lo que más le impactó fue lo mucho que saltan las bicicletas, mucho más que los *skaters* y *rollers*. Las bicicletas generan más velocidad y pueden saltar más alto. Arkaitz aprendió a montar con un grupo de amigos en la bicicleta que le compraron sus padres en el Decathlon. El *skatepark* de Noáin fue su cuna; entre todos aprendían los diferentes trucos.

Para su sorpresa, progresó bastante rápido en la disciplina: “Yo jamás pensé en hacer un *backflip*, y de repente, antes de lo esperado, empecé a hacerlos. Si te mantienes montando en bici, el progreso se va abriendo”, recuerda Arkaitz. Aprendió a hacer un *backflip* en el *skatepark* de Mutilva. Al lado del *skatepark* quedaba una tienda de colchones y con sus amigos los montaban para tener una superficie blanda donde caer.

VIAJAR PARA MEJORAR

A medida que fue creciendo y progresando en la disciplina comenzó a moverse para poder visitar diferentes *skateparks* fuera de Pamplona: “Escuchas que en Zaragoza hay uno nuevo, pues vas allí, montas allí y conoces a gente de allí”.

Su primera competición de *BMX* fue en Vitoria, cuando tenía 14 años. Se enteró de la competición a través de un blog y sus pa-

dres lo acompañaron. “No se hacen competiciones en Pamplona. Yo siempre monté en Pamplona y competí fuera y entrené fuera”, se queja. Los viajes se convirtieron en rutina. No solo era una manera de conocer diferentes *skateparks* y mejorar su técnica, sino que era necesario para poder competir. Las instalaciones en Pamplona se quedaban cortas para las necesidades de su entreno.

Lo que comienza como un pasatiempo se convierte en tu estilo de vida. Entre competencias y viajes se acumulan las horas sobre la bicicleta. “Como dedicas todo tu tiempo a montar, pues acabas teniendo más nivel del que quizá en un inicio pensabas”, reflexiona. Para él, montar en diferentes *skateparks* es fundamental para mejorar. Solo así adquieres conocimiento de diferentes terrenos y caídas hasta que “acabas montando muy bien en todos lados”, explica Arkaitz.

Sin embargo, llega un punto en que los *skateparks* públicos se quedan pequeños para aquellos que quieren entrenar profesionalmente. Si te quieres profesionalizar, hace falta entrenar en instalaciones privadas: “Entrenamos en el de nuestro pueblo: en otros países la gente entrena en centros de alto rendimiento para deportistas”, cuenta Arkaitz.

Esto era lo que Arkaitz necesitaba. Tenía un objetivo claro: llegar a los Juegos Olímpicos. Un sueño que nunca se materializó. Quedó subcampeón de España dos veces y tercero en otra ocasión. Pero nunca fue suficiente. La falta de preparación, falta de tiempo y la falta de infraestructura fueron factores que hicieron del trayecto a los olímpicos una odisea.

Para llegar a los Juegos Olímpicos, en cualquier disciplina, se necesita de mucho tiempo y preparación. “Yo tengo que trabajar, no puedo dedicarle el cien por cien a

la bici”, explica. Si bien la falta de tiempo fue significativa, Arkaitz destaca que lo que más le hizo falta no fue tiempo, sino unas instalaciones adecuadas para entrenar. “Este deporte aquí se considera como ir al *skatepark* y ya. Como si fueran unos columpios. En otros países esto es una disciplina grande”, se queja.

En torno al 2018, con un grupo de amigos, consiguieron un lugar para entrenar en Pamplona. Entre todos alquilaron un espacio en la Ikastola Jaso, una antigua escuela en Echavacoiz, y montaron rampas de madera similares a las del formato olímpico. Allí, Arkaitz podía entrenar para competir. Durante tres años tuvo las instalaciones adecuadas para entrenar como los profesionales. Hasta el incendio. El 15 de noviembre de 2021, por un descuido por parte de uno de los socios, ardió el proyecto Jazar, el *skatepark* privado que Arkaitz y sus amigos montaron.

DE LAS CENIZAS...

“Yo quería seguir compitiendo. Pero tenía que buscar un lugar para entrenar”, explica Arkaitz. Esta búsqueda no resultó fructífera. Para entrenar tenía que desplazarse mucho y le resultaba muy difícil compaginarlo con su trabajo en Schneider Electric. Se fue cansando y esto comenzó a afectar su rendimiento físico y mental: “Como estaba muy cansado, me caía y me lesionaba. Entré en una depresión por no poder saltar, por no conseguir un lugar donde entrenar, por no poder competir”, confiesa.

Consideró mudarse al Reino Unido (donde hay una cultura fuerte del *BMX*) para poder seguir su sueño de montar profesionalmente. Pero decidió quedarse: “Lo que mejor me iba en ese momento en mi vida era mi trabajo. Me había renovado en un trabajo que me

gusta mucho”. Al día de hoy Arkaitz sigue trabajando en Schneider Electric.

Pero el *BMX* siempre fue el amor de su vida. Y no pensaba darse por vencido tan fácil. No quiso quedarse de brazos cruzados y presentó un proyecto para erigir un lugar de entrenamiento al ayuntamiento. Arkaitz consultó con arquitectos, presentó proyectos, “todo apoyado por la Federación Navarra, por la Federación Española, por la Fundación Miguel Induráin”, explica. Las respuestas siempre fueron negativas.

La falta de apoyo por parte de las autoridades no le desmotivó. Un amigo agricultor de su padre le alquiló un terreno en el municipio de Echauri. Su objetivo era seguir compitiendo, pero el proyecto comenzó a consumir su tiempo y fuerza y la energía fue menguando. Arkaitz dejó de competir por los dos años que le tomó construir su proyecto: un salto de cinco metros.

Saltó por primera vez el 28 de diciembre de 2024. Al día de hoy es su lugar favorito donde ha montado. De todos los lugares: Rusia, Sri Lanka, Bélgica, Francia, Suiza..., su lugar favorito queda en un sembrado en Echauri: “Sí que he visitado *skateparks* increíbles pero no me he sentido tan cómodo como en este salto”. Pero la alegría duró poco. “A los cinco meses de haber saltado, recibo una notificación diciendo que me tengo que ir porque la práctica que estoy haciendo es ilegal”, explica Arkaitz.

“Ninguno de los elementos estaba anclado al suelo —aclara Arkaitz—. Me decía que la actividad era ilegal, que el problema no eran las estructuras sino la actividad. Que en un terreno de estas características solo se puede hacer caza y equitación”. De acuerdo con el Artículo 94 de la Ley Foral 35/2002 no se puede construir en terrenos sometidos a un “régimen especial de protección incompatible con

FRASES

“Vi *skaters*, vi *scooters*, vi *rollers*...y vi *BMX*. Y dije: “Yo quiero montar en bici”

“Yo jamás pensé en hacer un *backflip*, y de repente empecé a hacerlos”

“Entré en una depresión por no poder saltar, por no conseguir un lugar donde entrenar”

“Estoy harto de recibir palos por todos lados”

- ARKAITZ ARMENDÁRIZ

su transformación por sus valores paisajísticos, naturales, ambientales o agrícolas...”. Tras reunirse con las autoridades, Arkaitz y el ayuntamiento llegaron a un acuerdo. Arkaitz está trabajando en desmontar el salto: “Sigo montando en bicicleta porque es lo que más me anima, pero estoy harto de recibir palos por todos lados. Esta es parte de la razón por la que me he retirado del deporte”.

FUTURO FRUSTRADO

“Si vuelvo a competir, o si vuelvo a hacer una exhibición, no represento a mi comunidad”, sentencia. El problema no es solo la falta de infraestructura que permita practicar *BMX*. Los *skateparks* y los *pumptracks* se quedan cortos. Arkaitz tomó la iniciativa de hacerse su propio lugar de entrenamiento, y el ayuntamiento no se lo permitió. “No solo no hay apoyo, sino que encima hay pegás”, denuncia.

“No hay relevo generacional”, se preocupa Arkaitz. En los *skateparks* son los mayores, los veteranos, los que montan bici. Las nuevas generaciones se decantan por el *scooter*. “No requiere tanto dinero como puede costar una bici. Y no hace falta tanta técnica como en el *skate*. Es más asequible”, explica.

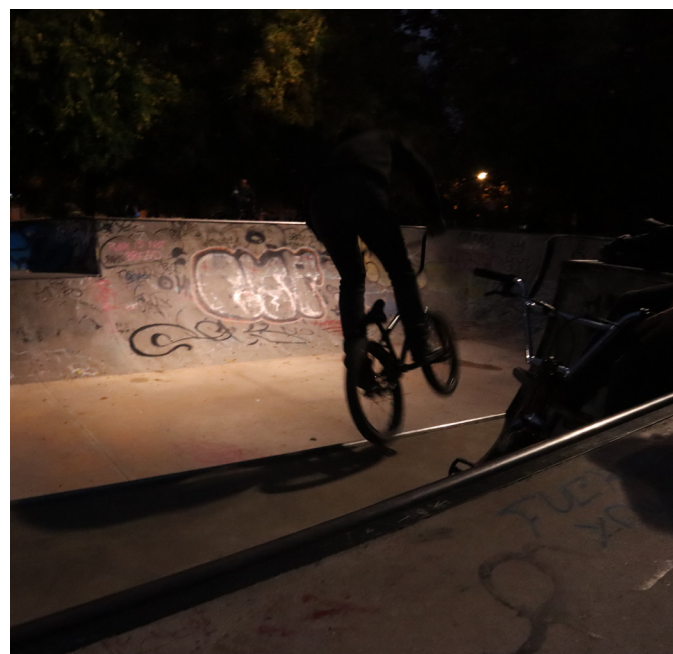
Para las nuevas generaciones, ya no se trata de aprender a hacer trucos con tus amigos en el *skatepark* de tu pueblo; ahora los niños prefieren que alguien con experiencia les enseñe, tanto para *rollers* y *skate* como para *BMX*. “La sociedad está cambiando y la gente demanda clases”, explica Arkaitz. Su trayectoria impresionante y experiencia ha llevado a que alguien de la comunidad, que prefiera no identificar, le planteara la posibilidad de montar una escuela para enseñar a las nuevas generaciones. Pero para Arkaitz montar en *BMX* no es algo que se pueda enseñar. Es algo que solo puedes aprender una vez que te pones a ello: la manera en que él se enamoró de la disciplina.

Arkaitz sigue montando su bici, pero competir ya no es algo en su horizonte: “Ya hay nuevas generaciones, entonces a los que ya no nos apetece tanto competir, nos tenemos que apartar”. Por los días es feliz en su trabajo de mecánico de fabricación. Por las tardes, cuando no está desmontando el salto por el cual le denunciaron, frecuenta el *skatepark* de Antoniutti o el de Erripagaña. “Este deporte sí es arriesgado, pero como todo. Tiene fecha de caducidad, pero no se sabe cuándo”. Por ahora lo tiene claro: “Voy a montar en bici todo lo que pueda y disfrutar todo lo que pueda”.

Su historia de amor no se acaba aún. Arkaitz tiene otro terreno (esta vez lo ha comprado) y está trabajando en montarse otro salto. Pero para montar con amigos, Antoniutti siempre será el lugar. Entre otras razones, por los amigos y la comunidad. Como comenta Martín Hernández, amigo y compañero de montar de Arkaitz: “Tenemos la grandísima ventaja de que podemos montar en bici con profesionales y estar a su misma altura y que el trato sea de tú a tú. Es algo que en otros deportes es muy difícil de llevar a cabo”.



Arkaitz vuela en su *BMX*.



Secuencia. Arkaitz monta su de noche en Antoniutti.



Secuencia. Arkaitz monta su *BMX* en un día lluvioso en Antoniutti.



Martín compitió nacionalmente en bici de montaña hasta los 22 años

A los 24 años tuvo un accidente montando en *BMX* que le dejó en coma

Velocidad. Dinamismo. Inercia. Nociones presentes tanto en la Física como en el *skatepark* de Antoniutti. En el *bowl*, las ruedas dejan tras de sí un rastro chispeante de energía pura. Martín Hernández (41) y Ussa Saidi (23) comparten su día entero: muestran quién está detrás de esas chispas que dejan la bici y el *skate*.

Capítulo 1: Tarde

TEXTO: MARISABELDÍAZ Y PABLO GONZÁLEZ

Todas las cosas están sujetas a la fuerza de gravedad. Si nada se lo impide, caen con una aceleración de 9.8 m/s^2 . Dentro de un parque de patinaje no hay lugar para consideraciones físico-matemáticas. Hay lugar para la rotación y el movimiento, para trucos y saltos. Mas en la vida de los protagonistas del *skatepark* cabe de todo. Un día con dos deportistas ilustra parte de la realidad que se esconde detrás de un patín, detrás de una bici. Da que pensar. Pero no sobre la gravedad. La gravedad solo la piensan los que miran desde fuera. Martín es un péndulo humano. Sube. Baja. Va hacia un lado. Va hacia el otro.

Parece uno de esos experimentos de Física sin fuerza de rozamiento en los que el movimiento circular podría perpetuarse por los siglos de los siglos. Así es Martín con su bici un lunes de noviembre a las 16:30.

Martín Hernández Fonseca, 41 y de Gijón, llega a Antoniutti. Unas pocas nubes que no anuncian lluvia cubren el cielo de Pamplona. Después de una mañana de trabajo en las vías de tren y un fin de semana intenso, llega solo al *skatepark* subido a su *BMX* de color rojo vetado. Aunque esté cansado, él se fuerza a venir al *skatepark*: "Lo fácil sería quedarse en casa". Saluda con un gesto de la cabeza a dos frecuentes: Isma (27) y Denis (21), ambos sentados al borde del *bowl* con sus bicis tumbadas en el suelo.

Detrás de ellos patinan cinco



Skaters, bikers y espectadores confluyen en Antoniutti un domingo por la noche: (de izquierda a derecha, abajo) tres patinadores —Ussa, Lur y Dani— y (de izquierda a derecha, arriba) dos amigos de bici, Arkaitz y Martín.

**MARÍA
GABRIELA
MORALES**

Ussa llegó a España en patera con 16 años. Hoy trabaja como integrador social

niños con sus *scooters*. Sobre el ruido de fondo de los motores que cruzan la Plaza de Juan XXI-II, una voz aguda, ‘¡voy!’, avisa de que entra al *bowl* grafitado. Dos adultos vigilan desde la plataforma, representando al conjunto de padres ausentes. Martín se agacha para abrir su mochila. Frente a él, al otro lado del *bowl* y bajo la tenue sombra de los tilos, cinco jóvenes charlan sentados. Entre ellos está al que llaman Canario, con gorro negro de invierno, camiseta roja de Nike y *skate* en mano. Martín, con gorra negra, camiseta negra y bici en los pies (y sudadera dentro de la mochila) está listo para montar.

Empieza con unos aéreos: sale de la rampa por encima del *coping*, se mantiene en el aire y vuelve a caer, de un lado a otro del *bowl*. Isma, Denis, el Canario

y compañía le siguen con la mirada al compás, como hipnotizados por su movimiento pendular. En un momento, Martín supera una de las rampas e intenta clavarse en seco sobre la rueda trasera como haciendo el caballito (lo que se conoce como un *tail tap*), pero no consigue pararse del todo.

“No frena bien”, dice con una mueca. Ayer Martín se encontró la rueda trasera de su bici principal pinchada. Hoy monta con la roja veteada en su lugar. No es fácil calibrar bien los frenos de una *BMX*, porque si frenan demasiado, te impiden hacer ciertos trucos, y si no frenan lo suficiente, es como si no los tuvieras. “Hay una mecánica rara en la bici que no sé explicar, pero hace que sin frenos los trucos fluyan mejor y sea más fácil montar”, explica.

El *BMX* nació a finales de los 60 en California y con frenos, pero a mediados de los 2000 se popularizó el *brakeless*. Por una mayor libertad del manillar, una mayor limpieza estética y una sensación de control puro, las bicis sin frenos comenzaron a ser la norma.

OLD SCHOOL

La bicicleta de Martín tiene frenos, y eso en Antoniutti llama la atención. “Mola el rollo que le das con los frenos, tú”, dice Isma, fumando un porro subido en su *BMX* de sillín verde y sin frenos. “¡*Old school*, tío!”, dice Martín, que con 41 años es el mayor de los presentes en el *skatepark*. Conoció la antigua comunidad de *bikers* que había en Pamplona hace unos años. “Íbamos mucho a un *indoor*

de madera en Echavacoiz, pero el punto de reunión siempre era Antoniutti”, recuerda. “Éramos como veinte montando regularmente”. Muchos acabaron en Madrid, o bien como profesionales de la bici, lo que habla del nivel que había, o bien por trabajo. Hoy, lunes 10 de noviembre a las 17:00, en vez de veinte, hay tres *bikers* en Antoniutti: Martín, Isma y Denis. La bici ya no engancha tanto entre los más jóvenes. No tanto como el *scooter*.

A esta hora los ‘voys’ se repiten más de seguido. El grupo del Canario ha puesto música y se le han unido otros cinco individuos, así que la cháchara es mayor. El *skatepark* está cobrando vida, aunque todavía no ha llegado a su hora punta. Denis se marcha ya, e Isma, en vez de aprovechar y meterse

al *bowl* ahora que no hay tanta gente, decide subirse a su bici de sillín verde e ir a comprar algo al Carrefour de al lado. Pregunta a Martín si quiere algo, pero no desea nada, gracias. Pregunta bajo los tilos y le piden cerveza. Marcha con su misión encomendada. Entre los cerveceros se encuentra Gaizka (24), que es el mayor con un *scooter*. Gaizka no se esconde, sabe que es un referente para los más pequeños, y les enseña: “Así no, para adelante”, le muestra con su *scoot* a un niño de unos 11 años cómo hacer su primer *feeble*, que consiste en subir la rueda delantera del patinete al *coping*, deslizar con la base y bajar. “Ahí tienes para un año por lo menos, chavalín”, calcula entre risas, recordando sus tiempos de principiante.

Martín, al contrario que Isma, sí

Ussa termina su mañana despidiéndose en las oficinas de Agintzari.

MARISABEL
DÍAZ



Las bicicletas de la Caja Rural de Navarra: el medio de transporte usual de Ussa.

MARISABEL
DÍAZ



Martín, apresurado, culmina su día de trabajo.

PABLO
GONZÁLEZ



Martín levita paralelo al *coping* un lunes por la tarde.

entra al *bowl*. Intenta un *nosepick*, llegar al borde de la rampa y, ayudándose del freno, clavarse sobre la rueda delantera levantando la trasera, como una grulla sobre una pata en equilibrio. Pero Martín no es una grulla y se desequilibra, y en vez de soltar la bici y dejarla caer, como cualquier persona normal lo haría, se aferra al manillar con las dos manos y baja la rampa violentamente con la bici rodando al costado. Martín está bien. Su bici también. Todos lo han visto.

“Cómo os agarráis, eh, no soltáis la *bike* nunca”, observa Gaizka. “A mí me pasa eso y el *scoot* se va a tomar por culo”. El Canario baja de la plataforma y le dice a Martín que conoce un *biker* que es uno con su bici. “A las *bikes* les tengo mucho respeto por eso”, reconoce. Martín responde diciendo que sus caídas tampoco son poca cosa. Y es cierto, un *skater* no tiene la misma estabilidad que sus otros compañeros de *skatepark*: no tiene manillar al que agarrarse. El chico con los vaqueros pirata, que lleva quince minutos intentando el mismo truco con su *skate*, lo sabe bien. Quiere rodear el *bowl* haciendo *wallride*, coger velocidad, subir por una de las rampas y no caerse del *skate* al salir del *bowl*, pero no lo consigue. En su último intento, cuando supera la rampa se le resbala el patín de entre los pies

y cae dando vueltas como una croqueta sobre la plataforma. El chico y el Canario son los únicos *skaters* que se ven a esta hora.

REFUGIO

El sello de patinador no solo lo certifican las horas pasadas dentro del *bowl*. Lejos del *skatepark*, dos amigos construyen un ecosistema *skater* a casi cuatro kilómetros de Antoniutti. Daniel González Longás y Oussama “Ussa” Saidi, de 34 y 23 años, se tiran la hora de comer juntos en Mendillorri, donde ambos residen. La casa de Dani se ha convertido en la guarida oficial entre sus amigos.

Al subir las escaleras, los oídos perciben la textura melosa de la música *reggae*. Tras acercarse a la puerta, que Dani ha dejado abierta, el aroma frío de la marihuana se instala en la nariz. Ahora se escucha la melodía jamaicana con claridad y se notan además leves trazos de tabaco. Brownie, un pit bull terrier mediano y marrón, saluda a los visitantes con una inspección simpática y breve: un ladrido, dos olisqueos, tres meneos de cola. Adelante.

Ussa entra y se abalanza sobre Brownie. Regaña al perro por haber destrozado su cama canina la semana anterior. Luego lo acaricia, le da besos y le pregunta si ya ha



PABLO GONZÁLEZ

comido. Dani responde que no, que hace falta comprar comida para ambos. Lleva casi un mes solo en casa. Vive con Lilian, su pareja, y sus dos hijas: la mayor se llama Lillie y la segunda Ollie, igual que el truco de *skate*. Están en Bolivia, el país natal de Lilian, porque su madre ha caído enferma.

Ussa procura llenar sus ratos libres con visitas a Dani, en los descansos que le permiten sus tres trabajos. Curra en el Vault Burger, en Navarra Arena y en la cooperativa de iniciativa social Agintzari. Por suerte, los amigos viven en bloques de edificios enfrentados. Del portal de Ussa al balcón de Dani no se tardan más de tres minutos a pie. Cenar juntos, fuman juntos, escuchan música y juegan a la play: últimamente les ha dado por el FIFA.

Antes del patinaje, este deporte reclamaba toda la atención de Dani. Coleccionaba pegatinas de jugadores que todavía conserva en una caja sobre la mesa de su balcón. Ahora guarda “stickers” de *skate*. Con orgullo, comparte: “Estas pegatinas no se las regalo a nadie. A menos que haya alguna repetida”. Acto seguido, Ussa encuentra dos pegatinas iguales que ponen ‘PATINAR NO ES UN CRIMEN’ en inglés. Coge una y la pega en una libreta de bolsillo negra que suele llevar en su riñonera.

Sobre la mesa del balcón hay

dos paquetes de tabaco de liar, un mechero y un cenicero que desborda con colillas. Entre caladas, trabajan: Ussa hace varias llamadas y apunta nombres en su libreta. Dani comenta el itinerario de sus clases de patinaje del día: pondría a sus alumnos a calentar, a tirarse varias veces en el *bowling* y luego les enseñaría cómo armar un patín. A diferencia de la mayoría de las personas que hacen *skate*, Dani ha conseguido algo que muchos desean y pocos consiguen: vivir de lo que le apasiona.

Su hogar lo refleja. El *reggae* que se escucha por todo el piso, las rampas caseras en un cuarto de almacén, el sinnúmero de tablas apiladas en los armarios, en la estantería, en la mesa sobre la cual también descansan envases para guardar cogollos de marihuana... No hace falta ir al *skatepark*. Los amigos se lo montan desde casa. Mientras Dani se sirve un plato de arroz blanco con pechugas de pollo fritas, Ussa coge el mando de la play, pone en la televisión canciones de Lalo Rodríguez y se menea al son de la salsa caribeña. Entre bocados, el otro observa atentamente el videoclip con una sonrisa amodorrada y mueve su cuerpo como puede. Dice que prefiere el *tecno*, aunque acoge con gusto las sugerencias de su amigo, que son muchas y muy variadas. Se está

muy bien en el refugio.

Un vistazo al reloj indica que la hora de comer ha terminado, y que ambos tienen que alistarse para volver al trabajo. Dani mete en una caja las partes necesarias para enseñarle a sus estudiantes a construir un patín: las ruedas, los ejes, la tabla, la lija, los rodamientos y los tornillos. Ussa precisa volver a su casa para cambiarse el calzado. Por la mañana había elegido para ir a trabajar unos mocasines de piel negros y blancos con hebillas doradas y suelas de goma: elegantes, pero inadecuados para las actividades que le esperaban esa tarde. Dos minutos después de despedirse de Brownie (y de Dani, aunque con menos entusiasmo), Ussa ya tiene otros zapatos. Se pone las botas sin haber comido, y sale.

SIN WAFFLE

“¿Pero cómo puedes montar con esas zapas?”, pregunta Martín al recién llegado Iñaki (27), amigo pamplonés de Antoniutti, también *biker*. “Ya... cuando las pillé y vi cómo tenían la suela, pensé que no iba a poder montar con ellas”. Iñaki es limpiador de cristales en centros de salud y lleva puestas unas Vans, pero sin su característico *waffle*. Esto es, sin el patrón de la suela en forma de rejilla (o gofre) diseñado para dar agarre y control.

En el *BMX*, *skate* y *scooter*, es muy importante el calzado, porque se convierte en tu manera de frenar (si no tienes una bici con frenos como Martín). Una suela demasiado resbaladiza es sinónimo de descontrol, lo que, a su vez, suele ser sinónimo de lesión. Pero Iñaki es un tío sortudo y risueño, y le van bien sus Vans sin *waffle*. Quien sí tiene que comprarse unas zapatillas urgentemente es Martín, que admite que las suyas “están en la más absoluta mierda”.

Iñaki no ha comido todavía y son las 17:30. Sentado con Martín frente al *bowling*, decide “romper el ayuno” y saca de su mochila dos pintxos envueltos en papel de aluminio. Mientras mastica su primer bocado pregunta si viene el Arka. Se refiere a Arkaitz Armendáriz, *biker* y amigo de ambos. Martín se ha olvidado el móvil en casa, pero cree que hoy no montaba. Iñaki manda un audio por el grupo de *WhatsApp* que tienen con sus amigos *bikers* de Pamplona: “Estamos aquí en Anto, pasaos, tú”.

“¿Tú de verdad te bebes la cerveza caliente?”, le grita Gaizka a Isma desde el otro lado del *bowling*. Isma ha vuelto del supermercado y, como prometió, ha traído cervezas para quien pidió. Pero, mala suerte, todos esperaban una cerveza fría. “Estás como una puta

cabra, hermano”, reincide Gaizka. Sentado sobre su bici de sillín verde en el suelo y con la mano en la nuca, Isma promete que no había cervezas en el congelador.

El Canario, por su parte, está jugando a un ‘*SKATE*, un juego típico en el *skatepark*: uno hace una serie de dos o tres trucos sobre el *coping* y su rival tiene que copiarlos. Se van alternando. Quien no lo consigue, se lleva una letra, y quien llegue hasta la palabra *SKATE*, pierde. “*Nollie frontside shuv*”. El Canario se lanza al *bowling* lleno de *grafitis*, sube la primera rampa, pero de pronto se baja del *skate* en seco, porque en el *coping* está el apadrinado de 11 años de Gaizka. “¿Qué te dije antes del *coping*?”, le pregunta el Canario agachándose para verle la cara. “¿Qué te dije?”. El chico, intimidado y cabizbajo, capta el mensaje: cuando intente su *feeble*, debe apartarse del *coping* lo antes posible para que los demás puedan hacer sus trucos.

Tras contemplar la escena educativa, a Iñaki le parece momento para montar. “Yo creo que ya he hecho la digestión”. Martín se acerca a su mochila para sacar su sudadera y su casco. Reconoce que se lo tendría que haber puesto al llegar. Isma lo ve y dice que él solo se lo pondría si va a hacer algo fuerte. Ahí suele estar el



Ussa da indicaciones en el Casco Viejo (Pamplona) al grupo de Gure Arteko. **MARISABEL DÍAZ**



El Equipo cuscús tras terminar el "escape room" organizado por Gure Arteko. **MARISABEL DÍAZ**



Ussa se despide de Brownie, el perro de Dani, antes de salir a trabajar. **MARISABEL DÍAZ**



Cómo se ve un *icepick* de Martín desde abajo.

problema. "Yo no digo nada, cada uno es libre de decidir", admite Martín, "pero yo ya pasé por un coma, y no me apetece pasar por otro". Isma, escéptico y sin alterarse, reconoce con una media sonrisa que el día que se la pegue dirá que Martín tenía razón.

Los dos colegas con casco se turnan para hacer aéreos. Es decir, vuelan. Como dos amigos de colegio, se van corrigiendo y animando el uno al otro. "Hay que dejarse tirar", "¡ahí!". Tienen que quedarse en un extremo del *skatepark*, porque el resto está dominado por los *scooters*. Ya hay por lo menos quince. Los 'voys' y el sonido seco del *scoot* al caer son constantes. El chico de los vaqueros pirata sigue en sus trece, ahora sorteando a niños. Alrededor del *bowl* se reúnen diferentes grupos de adolescentes, niños o adultos incipientes, iluminados ya por la luz de los focos. La música y la cháchara son notorias bajo los tilos y el sonido de la capital navarra subyace como un grito ahogado. Son las 18:00 en el *skatepark* de Antoniutti, y cualquiera con oídos para oír se da cuenta.

TRABAJO, AVENTURA, CALLE

A 700 metros del ruidoso Antoniutti, un *skater* reanuda su jornada laboral. Para no considerarse una persona religiosa, Ussa invoca mucho a Dios en su día a día. Sobre todo con las palabras. No le reza a Alá, pero cumple con las observancias del ramadán porque le gusta y por herencia de sus padres, que viven en Marruecos. Parte de su estilo de vida lo marca el ayu-

no: en su nevera apenas hay unos cuantos tupperes, potes de aderezos y dos cervezas. No suele comer en casa.

"Mi vida está en el trabajo".

Su vida, entonces, se divide en tres: Navarra Arena, Vault Burger y la cooperativa de iniciativa social Agintzari. De menos a más, estos tres empleos ocupan la mayor parte de su tiempo. Agintzari es una cooperativa bilbaína que gestiona servicios en el ámbito social. El Gobierno de Navarra subvenciona varias iniciativas. Ussa trabaja en Gure Arteko y Zeruerts, dos proyectos que apuntan hacia la inclusión social y la sensibilización intercultural, respectivamente. El último está dirigido a la educación sobre la sensibilización social. En el primero, los participantes se juntan por grupos para realizar actividades de ocio donde socializan y conocen más sobre Pamplona, su cultura y su gente. Al grupo de hoy le toca resolver un *escape room* sin habitación: mediante una serie de pruebas y acertijos, tienen que navegar por todo el Casco Antiguo de Pamplona para descifrar un enigma que supuestamente dejó San Fermín antes de morir (y que ha sido custodiado por la empresa *Escape Room Lover* desde entonces).

El lugar de inicio: la Vuelta del Castillo. Los implicados: Ussa, encargado de la actividad; Clara, que también trabaja en el proyecto; Iker, su pareja; tres chicos argelinos; y Zuhara, pamplonesa de toda la vida. La misión: nadie sabe. Mientras la empleada de la empresa explica las instrucciones a Clara, Iker y Zuhara, Ussa se acerca a los chicos, protegidos detrás de una



PABLO GONZÁLEZ CALVO



Vuela Martín, mientras Arkaitz lo mira.

MARÍA GABRIELA MORALES

barricada hecha de dos bicicletas y un banco de madera. Les empieza a explicar las reglas del juego en árabe darija.

Un espectador descontextualizado no comprendería la belleza de la situación. Su voz cobra rapidez y vida de manera inusitada. La barrera mística se rompe: los tres jóvenes se acercan a Ussa y comienzan a hacerle preguntas en su idioma nativo. Se empieza a escuchar un cuarteto de voces que se entremezclan e intervienen con naturalidad. De pronto, una risa gustosa, varonil y profunda. El sonido de la integración.

Zuhara toma la batuta. Les llama a todos por sus nombres y marcha Ciudadela adentro. “¡Vamos, equipo cuscú!” Una de las comidas favoritas de Ussa. Envía a sus lacayos Iker y Mounir, uno de los argelinos, a dar vueltas en bicicleta para ver si encuentran la primera pista. El impulso del comienzo dura poco: a los treinta minutos siguen sin encontrar nada. Los chicos se han rendido. Zuhara comienza a dudar de la ubicación conjeturada de la primera pista. Clara se debate entre dejar el enigma sin resolver o tragarse el orgullo y escribirle a la empresa. Ante el ánimo decreciente del grupo, Ussa se emociona aún más: “A ver, yo me he puesto en serio. Vamos a lograr esto”.

Bromea, busca la pista en lugares inverosímiles y consigue sacarle una carcajada a cada miembro del grupo. Su animosidad, su sonrisa y su motivación contrastan con una decisión que tomó hace un mes: va a dejar su puesto en Agintzari en diciembre.

Tras varios atascos, dos horas de recorrido y una foto con los

FRASES

“Mola el rollo que le das con los frenos, tú”

- ISMA

“Cómo os agarráis, eh, no soltáis la *bike* nunca”

-GAIZKA

Gaizka no se esconde, sabe que es un referente para los más pequeños, y les enseña

“Antiguamente aquí solo se fumaban porros”

- MARTÍN

Son las 18:00 en el *skatepark* de Antoniutti, y cualquiera con oídos para oír se da cuenta

certificados otorgados al final de la aventura llega la hora de la despedida. Ussa coordina los horarios con cada integrante para volver a reunir el grupo. El jueves siguiente se verán de nuevo, a las 17:00. Una puntualidad que contrasta con el horario difuminado del *skatepark*.

PASADO DE MODA

“Madre mía, qué cansadito estoy”, suspira Martín. Ya ha volado y pendulado lo suficiente con Iñaki. Apoyado sobre su manillar, se fija en la *BMX* de Isma y le pregunta: “¿Y tus puños?”. El manillar de la bici de Isma no tiene puños, es decir, no tiene las empuñaduras de goma (u otro material blando) que van colocadas en los extremos del manillar, sino dos cilindros de puro metal. “Me pegué en toda la costilla el otro día y no veas”, recuerda Isma mientras comparte sentado unas patatas de bolsa con una chica. Martín le dice inmediatamente que le trae unos el próximo día.

Se ve que Martín es de fácil prestar, porque la cubierta de la rueda trasera de Iñaki es suya. “Quiero hacer el *tire slide*, pero no te quiero joder la cubierta”, le dice Iñaki riéndose. El *tire slide* consiste en deslizar la bici con las ruedas, lo que las desgasta. Así que, por mucho que le apetezca, y por respeto a su amigo, Iñaki no va a hacer el *tire slide*. En su lugar, charla con Martín sobre cómo muchos se pasan de la bici al *drift*: “Si no te mola esto, te pasas a los coches, te coges tu BMW por la noche y te vas a polígonos a derrapar”, explica Iñaki. “Es como la modita ahora”.

Delante de ellos, el grupo del Canario sigue poniendo música.

Se oye una voz rapeando. Uno diría que sale del mismo altavoz, por lo redonda y clara que suena, pero no: sale de la garganta del Canario. Sentado y con una litrona de cerveza caliente en mano, hace *freestyle*, es decir, improvisa e inventa rimas al son de la música. Los asistentes le rodean y vibran con la cabeza al ritmo.

“Antiguamente aquí solo se fumaban porros”, dice Martín ante el espectáculo. “Ahora sí ponen música”. Son las 18:30 y el *skatepark* está lleno. Desde el extremo norte, Iñaki y Martín tienen una buena panorámica. Por la cuesta a sus espaldas llega Unai (27), antes trabajador en hostelería, ahora en paro. Su bici es interesante porque viene con *freecoaster*, es decir, lleva un buje trasero especial que permite montar hacia atrás sin que los pedales retrocedan. Así se tiene más control en trucos de *street*. Unai hace la demostración y, ciertamente, los pedales no se mueven cuando va marcha atrás. Echa un vistazo al *bowly* y hace un comentario sobre la cantidad de pequeños que hay. “Para mí sois todos pequeños”, dice Martín con una sonrisa apagada.

El Canario se ha cansado de rapear. Seguramente también se haya cansado de ver al chico de vaqueros pirata hacer y hacer (y hacer) el mismo recorrido con su *skate*, para luego no *plancharlo*, porque ha ido a ayudarlo. “¿Pero qué quieres hacer?”, pregunta con desconcierto. El chico le explica. El Canario se prepara, supera la rampa y rueda sobre la plataforma con facilidad. Mira al chico abriendo los brazos como diciendo ‘solo era eso?’.

Isma se levanta del suelo. Se da

cuenta de que ha dejado dos bolsas de patatas en la plataforma. Con un par de patadas las empuja al césped, a medio metro de la plataforma. Parece que no quiere dejar sucio el *skatepark*, pero el césped que lo rodea no le importa, porque, para él al menos, eso ya deja de ser el *skatepark*. Se acerca a la pareja de *bikers*: “Me piro ya, tú”. Choca las manos con Iñaki y con Martín, y cuando está a punto de subirse a su sillín verde, se vuelve y, como confundido, pregunta a Martín: “¿Me he despedido de ti?”. “Sí, claro”. “Perdón, es que a estas horas ya estoy...”. Isma baja la pendiente con su bici, dejando tras de sí una estela de césped aplastado.

Son las 19:15 y Martín no cree que tarde mucho más tiempo en irse. “Hace rato que decidí que no iba a montar más en bici”, le dice a Iñaki con el casco en la mano. Iñaki, sin embargo, se pone el casco. “Voy a tener que calentar un poco, porque quiero montar algo”. La mandíbula la tiene muy caliente de tanto hablar, no tanto el cuerpo, enfriado por la noche. “Yo no quiero ni ir a casa, ahora encima que es todo cuesta abajo”, dice Martín pensando en el frío que le espera. No se suele ir tan pronto, pero el cansancio ha hecho sus estragos. Iñaki le pregunta si mañana se pasará por aquí, pero Martín tiene que quedarse hasta tarde en el curro. Se despiden con un abrazo. “Vamos hablando por lo que sea, ¿vale?”. A las 19:30, después de tres horas, Martín abandona el *skatepark* de Antoniutti. Siguiendo el rastro dejado por Isma minutos antes, se adentra en la fría noche de Pamplona y emprende el camino a casa.

Capítulo 2: Noche

La jornada diurna y la intimidad no se caen bien. Entre ellas existe una animadversión sutil, una camaradería forzada apenas percibida. La intimidad prefiere a su hermana, la noche. Ella, más divertida, más seductora, sabe custodiar las confidencias de quien se atreve a sacrificar unas horas de sueño. Ofrece a cambio un instante de alivio. Quizá ese momento huele a tabaco. Quizá ese momento huele a kebab. En el caso de Ussa, huele a ambos. Tras un día largo de trabajo y su primera comida del día, a las 20:00 se va al *skatepark* de Antoniutti.

Ussa ha cargado con su patín todo el día. En el trabajo y en la casa de Dani. En los descansos y en los recorridos. Enfrente de Anfas, donde participa como voluntario, y en medio de la calle Estafeta, donde se cruza con un hombre llamado Flavio, a quien ayudó cuando no tenía hogar en Estella y a quien escucha con paciencia en medio de la calle borboteante mientras este le cuenta sus pesares.

Llega al parque con el patín y solo hay un grupo: el del Canario, rodeado por más de diez personas. La luz de los focos ilumina varias sillas de playa y litronas de cerveza vacías. Han venido para quedarse. Canario le habla animosamente a un chico sentado en el *coping*. El resto del grupo escucha. Ussa se acerca y saluda a cuatro individuos. Les da la mano y chocan sus pechos con abrazos cortos, protocolarios. El intercambio dura dos minutos: luego, se deja hacer unas fotos y se va del *skatepark* sin haber montado el *skate*. No todo es comunidad. No todo es patinaje.

A cambio, se dirige hacia el parque de la Taconera. Nadie pasea por allí a esa hora: solo las ocas. Ellas siguen despiertas, y se levantan como fieles seguidoras al notar la presencia profética de Ussa. Desde la baranda de arriba, él las mira. Ellas crotoan. Sus graznidos irrumpen el silencio que demanda la noche para poder ofrecer el prometido instante de alivio. Ussa tenía dos ocas en su pueblo, Chlihate, en la provincia de Kenitra, Marruecos. Siempre le han encantado los animales. Frente a la legión de aves que comienzan a callar, rememora su casa paterna. Vivía con sus padres y sus cuatro hermanos mayores: una chica y tres chicos. Su padre ejercía de pescador, y él y sus hermanos aprendieron el oficio desde los siete años. Le apasiona el mar. “Cada vez que llego a la playa y veo las olas, siento algo diferente por dentro”. Nació y creció al lado de las playas marroquíes, pero ha podido catar las costas de Orio, Mundaka, Biarritz, Zumaia y Getaria con su tabla de surf. Sueña con recorrer todas las playas del mundo en una furgoneta Mercedes V220d de color azul. En su vida ideal, trabajaría cerca del mar: en el mejor caso, soldadura marina. “Cuando estoy en el agua, me olvido de hasta mi nombre, tú... Que pase lo que pase, que a mí me da igual”.

NOCHES Y DÍAS

Además del *skate*, además del surf, hace ski y snowboard. So-



Martín de noche en el *skatepark* mostrando su BMX. MARÍA GABRIELA MORALES



Ussa fumando con el nocturno Antoniutti a su espalda. MARISABEL DÍAZ

lía montar en bici, pero se la robaron. Escala. Corre. Nada. Para un auténtico yonki de adrenalina como él, una lesión podría matarle de síndrome de abstinencia. Los dos golpes que Ussa ha sufrido han sido en Antoniutti a las 3:00 de la madrugada. El primero, en la cabeza: perdió la memoria durante seis horas. Había intentado un truco desde la rampa más alta del *skatepark* y se había caído *bowl* adentro. De sus ocho meses de recuperación, los primeros los tuvo que pasar desvelándose cada dos horas. Tantas noches en vela causaron que se alejara del *skate*.

El segundo golpe, en la muñeca, lo recibió tras hacer una voltereta desde el *coping*. Hoy lleva una muñequera elástica –orden directa del médico– y por la noche suele untarse una crema picante que a veces no le deja dormir. Por suerte, la lesión de su mano izquierda no le ha impedido salir a correr de vez en cuando.

Gran parte de sus amistades nacen del deporte. “Tengo amigos de todo el mundo”, dice. “Siempre me gusta conocer gente nueva, de culturas diferentes”. Aún así conserva la relación con su mejor amigo de Marruecos, que llegó con él en patera hace seis años. La construyeron entre 24 personas del pueblo, muchos de ellos pescadores. Ussa recuerda el día

FRASES

“La sensación que te aporta es demasiado buena y difícil de igualar”

“Da gusto ir a una ciudad y darte cuenta de que ahí tienes familia”

“Es un hobby compartido, y entre nosotros nos apoyamos para enseñarnos a hacer cosas los unos a los otros”

- MARTÍN

Una salida en bici con amigos le dejó a Martín el paladar roto, varios dientes luxados, el tabique nasal perforado y en coma

que llegó con claridad: pisó suelo nacional por primera vez en Tarifa y comenzó su recorrido por España, pasando por: Algeciras, Almería, Bilbao, Marcilla y Estella hasta llegar a Pamplona. Su integración le costó más de lo que pensaba, pero todo el esfuerzo invertido hasta el día de hoy no ha ofuscado la euforia de aquel día. “Tenía 16 años, y se hizo realidad todo lo que había querido”.

Tanto el día más triste como el día más feliz de la vida de Ussa involucran a una patera. A los 11 años murió su mejor amigo de la infancia en un naufragio. Cuando habla de ello, su voz se vuelve solemne y se difumina su sonrisa. Hoy fuma más tabaco de lo normal. Un año después de su muerte, Ussa tendría 12 años, y emprendería su primer intento de emigración en patera. El segundo, a los 14 años. La policía nacional de Marruecos interceptaría ambas embarcaciones.

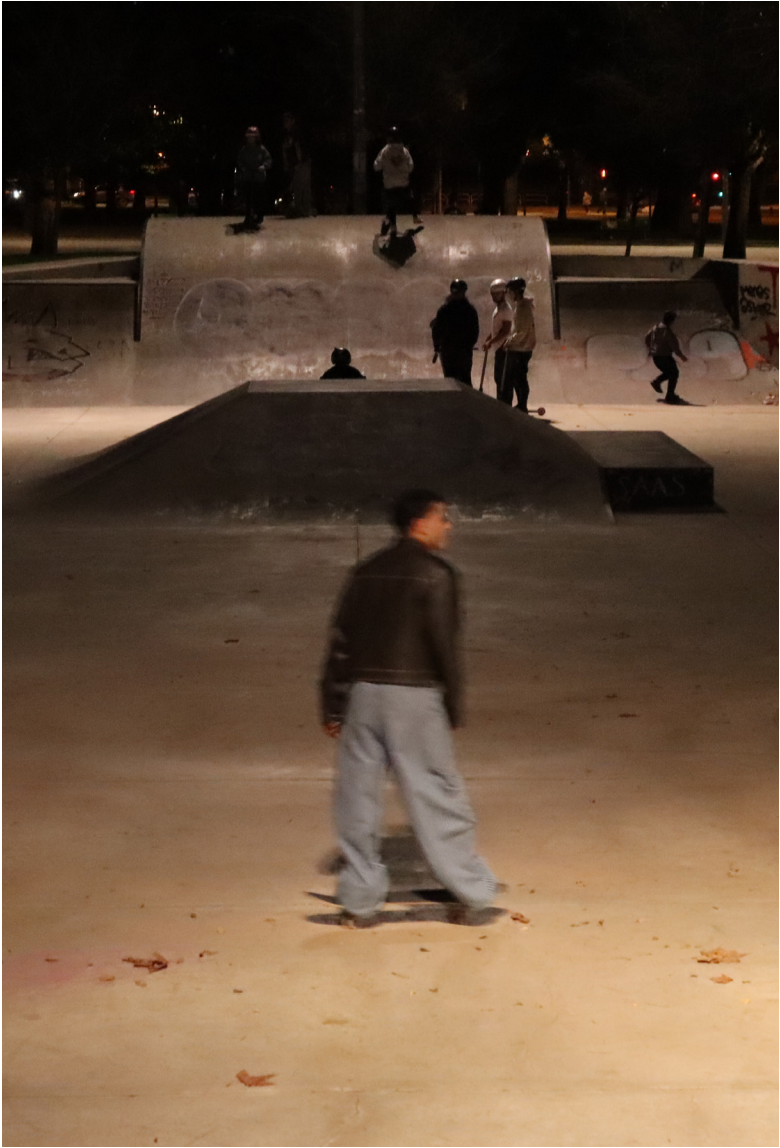
Puede ser que por ello recuerde tanto el 15 de julio de 2019, el día en el que sintió una de las dos alegrías más grandes de su vida. La otra ocurrió cuando, después de haber trabajado varios meses y haber ahorrado suficiente dinero, le regaló a su padre una embarcación nueva con toda la utilería necesaria para pescar. Ese día lo vio llorar a través de la pantalla del



Hojarasca, perturbada por Martín.



MARISABEL DÍAZ RIVERA



Ussa sobre
ruedas de
noche en
Antoniutti, casi
vacío.

MARÍA
GABRIELA
MORALES

Nosepick de
Martín de
frente en un
Antoniutti frío y
vacío.

PABLO
GONZÁLEZ



Humo, habladuría y cervezas en Antoniutti mientras anochece un lunes de noviembre.

PABLO GONZÁLEZ



Tail tap de Martín de perfil.

MARÍA GABRIELA MORALES



Martín hace parar el tiempo con su *nosepick* sobre el *coping*.

MARISABEL DÍAZ

móvil. Confirmó en ese instante que valió la pena todo lo sufrido “en este maravilloso país”. La sonrisa le llega a los ojos. No alcanza a mostrar sus dientes.

Un ruido interrumpe su elegía agri dulce. No proviene de las ocas, sino de la avenida Guipúzcoa, por la cual unos *skaters* hacen *downhill*: ruedan cuesta abajo durante un tiempo prolongado con el patín. Ussa corre hacia el mirador de la Taconera para ver si conoce a alguno de ellos. No los pilla. “Es peligroso: tienes que saber cómo frenar, echar el cuerpo para atrás y poner el *skate* en horizontal cuando conviene. Alex lo sabía hacer muy bien”.

En la figura larguirucha y las pupilas dilatadas de Alex se con-

densan los enigmas que el papel no tiene la dicha de custodiar. Dice poco. Te mira, a veces. Patina como nadie. Tiene 28 o 29 años, vive con su madre –con la cual guarda una relación que no suscita envidia– y, según los que le han conocido de manera fugaz en Antoniutti, lleva una vida dura.

“Tiene un estilazo de patinar que no se ve en ningún lugar: podría competir en Estados Unidos. Podría llegar a las olimpiadas”, dice Ussa. Martín, Jorge, Kenni, Dani y otros patinadores ofrecen testimonios similares. Pero está en rehabilitación por consumo de drogas. Igual que los *skaters* que hacen *downhill*, Alex se les escapa. Cuesta abajo. Ojalá alcance a frenar.

ASTURIANO PAMPLONICA

Martín se deja rodar cuesta abajo por la calle Vergel. Con la Plaza de Toros a su espalda y el frío viento en su cara, se dirige a la *Txantrea*, donde le espera un piso alquilado en el que vive solo desde hace un mes. También le espera su móvil olvidado sobre la mesa de la cocina. Al menos, esta noche puede entrar en su casa, porque el otro día cerró la puerta del piso con las llaves dentro. Tuvo que llamar al cerrajero. “Vivo despistado, pero ya no le puedo hacer nada, soy así”, admite Martín. Su trabajo le obliga a quedarse dos años en su piso en la *Txantrea*. Lo trágicamente cómico es que, cuando pidió los destinos para su trabajo, Pamplona era de las últimas op-

ciones.

Siendo asturiano, Martín solicitó varios destinos en Asturias, porque además de familia y amigos, tiene una propiedad ahí. La siguiente en la lista fue Burgos, que, como ciudad, le encanta, además de tener dos *bikeparks* (La Nevera y el G3) donde antaño iba mucho con sus amigos. Pamplona, frente a la conveniente opción asturiana y la apasionante opción burgalesa, quedaba en un segundo plano. Pero le tocó Pamplona. Hoy, pasado un mes de su llegada, habla de Pamplona como “una suerte”.

“Da gusto ir a una ciudad y darte cuenta de que ahí tienes familia”. Martín ya vivió en Pamplona, y no poco tiempo: del 2014 al 2021. Habitaba una casa en la *Txantrea* con su pareja de entonces. Ella, también asturiana, trabajaba como profesora, mientras él se dedicaba al frío industrial en Caja Rural y el Hospital de Navarra. Así construyó toda una vida durante siete años. De vuelta cuatro años después, está reencontrándose poco a poco con las personas importantes de aquel tiempo. “Literalmente fue volver a casa”. El destino es de tres años y Martín sabe que le costará irse de nuevo: “Me espera un duelo”. Por eso, está considerando seriamente pedir quedarse en Pamplona pasados los tres años.

Además de ser una ciudad con familia, Pamplona y las bicicletas se llevan bien, lo que acaba de conquistar el corazón de Martín. Gijón y acostumbrado a ciudades pequeñas, no puede pedir más. En su piso en la *Txantrea* guarda cinco bicis: de montaña, *BMX* y urbana. En Gijón están las otras tres.

El deporte le viene desde pequeño. Sus padres son muy deportistas y quisieron que su hijo único también lo fuese. Fiel a la tradición automovilística asturiana, Martín probó la competición de karts y de motos, pero pedían una cantidad insana de dinero que sus padres no podían permitirse, así que optaron por la bici de montaña. Hasta los 22 años Martín compitió en un club privado de Asturias. Cuenta que hasta que no empezó a montar tranquilo y sin tomárselo muy en serio, no empezó a ganar. Tuvo que parar porque los patrocinadores dejaron de cubrirle el gasto.

Viniendo de la bici de montaña, Martín piensa que en el *skatepark* se habla mucho y se monta muy poco. Los descansos le parecen demasiados: “En la montaña no puedes descansar”. Por eso, confiesa que en Antoniutti se siente

fuera de su entorno: “Lo mío es la tierra, no el cemento, pero bueno, también me lo paso bien”.

MISERIAS

Martín llegó tarde al *BMX*. Empezó con las bicis pequeñas, como las llama él, a los 22 años. “Es una curva de aprendizaje difícil hasta que te desenvuelves”. Pero lo realmente difícil y trágico fue el accidente que tuvo la tarde de un sábado de septiembre de 2007, con 24 años. Una salida en bici con amigos le dejó el paladar roto, varios dientes luxados, el tabique nasal perforado, y en coma. “Lo peor fue la cabeza”. Martín se quedó tres meses sin sensibilidad en la parte derecha del cuerpo. “Tenía que mirar mi brazo para saber si lo estaba moviendo o no”, rememora. “Aventuras... miserias”. No quiso pillarle miedo a la bici y volvió a montar en cuanto pudo. “Acabas montando de otra manera, cambian tus preferencias”.

Hasta los 28 o 29 siguió montando en la calle, sin ir a ningún *skatepark*, y se encontraba “bastante a gusto”. De los 30 a los 33 bajó el ritmo por una lesión de brazo, y al llegar a Pamplona, aprendió a montar en bici otra vez. “No sabía montar en *skatepark*, era algo nuevo para mí”, evoca. Él solo no pudo adentrarse en este reino desconocido, sino que recibió ayuda de la comunidad que encontró en Antoniutti, especialmente de Arkaitz Armendáriz: “Todo lo que sé es por Arkaitz”. Para Martín, la bici es una cosa principalmente social: “Es un hobby compartido, y entre nosotros nos apoyamos para enseñarnos a hacer cosas los unos a los otros”.

Martín es muy consciente de que el *BMX* es temporal para la mayoría, y que el *hype* de la bici se suele pasar en cinco o seis años. “Es bastante entendible, desde mi punto de vista”, pero él sigue montando después de 19 años. ¿Por qué? “La sensación que te aporta es demasiado buena y difícil de igualar”, dice Martín. “A pesar de todos los inconvenientes, llega un momento en que no puedes concebir la diversión encima de una bicicleta sin hacer lo que solías hacer”. Martín habla en pretérito imperfecto porque los años y las lesiones le impiden estar al 100%, como antes, pero el proceso de recuperar el nivel es también algo que puedes disfrutar. “A pesar de mi edad sigo aprendiendo a hacer cosas y sigo pudiendo disfrutar de la bicicleta. Creo que es ya más una filosofía de vida que no simplemente solo montar en bici, un poco aplicable a cómo entiendas la vida”.

Un collage de la familia y amigos de Marruecos en la mesa de noche de Ussa.

MARISABEL DÍAZ



Capítulo 3: Mañana

Ussa acostumbra a levantarse a las 6:30 de la mañana para salir a correr. Hoy no. Se despierta a las 8:00, se ducha y prepara su desayuno emblemático: un café negro con azúcar y un piti. Se los toma sentado en uno de los dos sillones blancos que se sitúan frente a su ventanal. Detrás de él, en la estantería, hay una colección de libros de cocina anaranjados con títulos que abarcan todos los géneros gastronómicos imaginables.

Pero a Ussa le gusta inventar. Su desayuno tiene más complejidad de lo que parece. El piti se lo arma como siempre, claro está. El café, a cambio, tiene su propio método de cocción. En un vaso de cristal ancho y hondo echa dos cucharadas grandes de café en polvo. Otras dos cucharadas de azúcar blanca. Agua del grifo. Un minuto y medio en el microondas. Cuando se ven los trazos de café sedimentado en la orilla del vaso, entonces revuelve.

Metódico. Limpio. Su cama está tendida desde que se levanta. Su armario, ordenado. Listo para someterse al escrutinio matutino de Ussa. Cuando lo abre, un despliegue de tonalidades de verdes, azules, marrones y grises distrae el ojo. Corta el bajo de todos sus pantalones. “Le da todo el *flow*”, afirma. Se prueba un pantalón de tela vaquera azul marino con las perneras apabullantemente anchas, y se lo ciñe con un cinturón de piel negro. Se calza los mocasines blancos y negros que por la tarde se cambiaría por unas botas

grises. Sobre su camisilla negra se prueba dos camisas: una crema y una gris con rayas blancas, y sobre ellas varias chaquetas. Todo lleva el distintivo violento de la tiranía de la tijera.

VESTIMENTA Y ALIMENTACIÓN

Después de corroborar la coherencia estética de su *outfit* en el espejo del pasillo, Ussa recoge sus cosas para irse a trabajar. Se pulveriza el cuello dos veces con un perfume árabe. Recoge su riñonera, su café, su bolso del patín (donde también mete sus zapatillas de patinar, unas New Balance roídas hasta más no poder), y se dirige hacia la panadería que está en el bloque del piso de Dani.

“Una barra de pan duro, por favor”, le dice a la empleada. Se la fían porque no le funciona la tarjeta. Con la parsimonia, se detiene a mirar las nuevas opciones de pastelería. Son las 10:15. Ussa no tiene hora de entrada a su trabajo en Agintzari. Por eso, ocupa su mañana con la práctica de hábitos de bienestar. Para cuidar el cuerpo: vestirlo bien. Para cuidar la mente: un café y un piti. Para cuidar el alma: darle pan a los patos.

Mendillorri cuenta con un parque público que tiene el Palacio de Mendillorri, un área verde y un lago con palomas, patos y una oca. Ussa bautizó a la oca con el nombre de Madeline, y todas las mañanas que puede la visita, como hoy. Se acerca a la esquina del lago con un porte casi profético. Las aves se arremolinan en torno a él a la espera del pan de cada día. Dentro de la bolsa de plástico que custodia la barra

de pan ocurre el milagro: Ussa la trocea, reparte el pan, los patos quedan saciados y las palomas recogen las sobras con sus picos para que no se pierda nada. Madeline, claro, tiene predilección: ella come de la mano de Ussa. No muerde. Se deja tocar. Resulta curioso ver a un chaval con el pelo al rape y una chaqueta bombacha de cuero acariciar con tanta ternura a un animal notoriamente violento. El momento de la repartición del pan se dilata en el tiempo. No vienen a cuento las urgencias del trabajo ni los afanes por el comer (aunque sí por el vestir).

Si mañana reclamaran el alma de Ussa, no podría decirse que fue un necio. Los bienes del alma los tenía trabajados: el amor por las amistades y la familia, la fortaleza para sobrellevar una vida que no ha sido fácil, la generosidad

en el cuidado de los demás... Y, además, una libertad encontrada en el deporte y en la música. Una euforia que se resume en los 23 minutos, las seis canciones y las cuatro ruedas con las que acaba su mañana de camino al trabajo.

VÍAS DE TREN Y DE TRABAJO

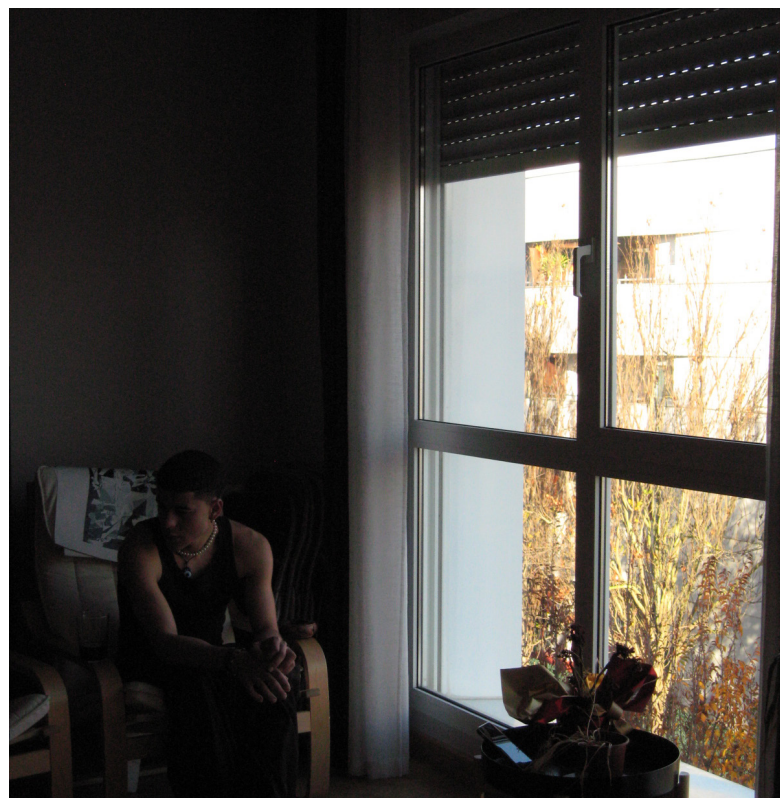
A la derecha de la Estación de Tren de Pamplona hay un portón verde. Detrás, sobre una pared blanca, se lee en una placa: “Mantenimiento de Infraestructuras, Base de Pamplona”, junto con el logo de Adif. Dentro del recinto, un hombre vestido de mono amarillo fluorescente y con una mochila al hombro camina hacia una puerta. Son las 14:10. Martín va a cambiarse de ropa.

En Gijón, Martín cursó el Ba-



Ussa practicando su rutina mañanera.

ADRIANA OBREGÓN



Amanece en la casa de Ussa.

MARISABEL DÍAZ



Martín bateando vías de tren en Noáin.

DAVID ÁLVAREZ



Ussa delibera su *outfit* antes de salir de casa.

MARISABEL DÍAZ



Ussa preparándose para salir de su casa con su bolsa Sancheski.

MARISABEL DÍAZ

chillerato de Artes, y su intención era estudiar Bellas Artes, pero ninguna de las facultades que visitó le gustaron. A lo largo de los años completó varios ciclos superiores (de climatización, de electricidad y automatismos, entre otros), y en 2023 aprobó la oposición a Ayudante Ferroviario. Consiguió trabajo en Asturias, pero a los dos años, ante la falta de personal, Adif le envió a la estación de Pamplona.

Hoy lunes, Martín ha engrasado varios cambios de vías de tren hasta las 13:30. Lo ha hecho con un equipo de doce personas. Para acceder a las vías han utilizado una camioneta Ford Ranger, apta por su capacidad de carga y movilidad. Ha conducido Martín.

En Asturias, por el contrario, tenían furgonetas y llegaban a muchos sitios a pie.

“Me adentré en este mundo un poco por casualidad”, confiesa Martín. Un amigo que trabajaba en Renfe le recomendó presentarse a las oposiciones. “Es todo un mundo propio, y bastante desconocido”. Desde luego que no se conoce tanto como su equivalente en los aeropuertos, quizá porque los accidentes aéreos son más sonados. “No es un trabajo duro, pero sí de mucha responsabilidad”. Un accidente se suele pagar con una vida o varias. Por eso hay una comunicación reglamentada para los trabajos en la vía. Aunque parezca peligroso reparar vías de tren en las propias vías de tren, Martín explica que el circuito de vía tiene un sistema de protección que impide la entrada de ningún

tren cuando hay trabajadores en la vía. Además, “siempre vamos con el mono amarillo, por seguridad y comodidad”, dice.

Un mono que ahora se quita en el vestuario, mientras dos de sus compañeros, David y Julio, charlan de pie junto a la Ranger, rodeados de material para el tendido eléctrico, que es el que se avería con más frecuencia. La plantilla está bastante envejecida, con la media en 52 años. “A cierta edad, ya con cuarenta y pico, seguir haciendo bici no es lo mismo”, apunta Julio sobre Martín. “Es que no para quieto, hace cuarenta mil cosas”, comenta David sin esconder su asombro. Una de esas cuarenta mil cosas es el modelismo. De pequeño, Martín alucinaba con las maquetas de los estudios de arquitectura; de mayor, recrea mundos en miniatura. Elabora circuitos para coches *Scalextric* con todo tipo de detalles: césped, gravilla, señalizaciones, farolas, barandillas, tribunas, bordillos, árboles, rocas... Y lo hace todo él, hasta los raíles y la electrónica oculta tras ellos. Según Martín, son cuatro o cinco los que hacen modelismo de verdad en España. Dos son semiprofesionales y el resto aficionados. Él no se sitúa a sí mismo en ninguna categoría. “A mí me gusta todo lo que tenga ruedas, salvo los trenes”, revela. Las vías de tren sí le gustan, por suerte.

Martín sale del vestuario cambiado de ropa de calle. Se mete en el edificio y recoge su bici. “Pero ¿cuántas bicis tienes, tío?”, dice David riendo. “Cada día traes una”. “Pues mañana seguramente

traiga otra”. El ambiente es bueno en el trabajo. “Chavales, soy libre”, dice Julio a sus compañeros como despedida. A las 14:45 termina la jornada de trabajo. Antes de salir, Martín le echa un poco de agua a su bici porque tenía aceite de no sabe dónde. Pedaleando hacia casa por la ancha acera de Don Marcelo Celayeta, Martín dice que le gusta más esta calle vacía por las mañanas.

COMO EN CASA

Cuando le dieron la plaza en Pamplona, supo que iba a buscar un piso en la *Txantrea*, el barrio en el que vivió tantos años con su expareja. Ahora vive solo, aunque tiene pareja, solo que ella trabaja y reside en Castellón. Para mudarse, hace un mes, vino con su madre, por aquello de que las madres ven cosas que el resto no ven. A ella le gustó mucho el pisito y se quedó tranquila: su hijo iba a estar a gusto en esa casa.

Para subir en ascensor Martín mete la bici en vertical. Igual que para subir las escaleras y para entrar en su casa. El salón es luminoso y blanco y minimalista. Sobre un mueble reposan dos fotos enmarcadas de cuando hacía *street* en Gijón. “Montábamos muy diferente, era más estético”. Por aquel entonces vivía y esa era su manera de colaborar. En una de las fotos el pelo le llega a los hombros. “Lo raro es verme con pelo corto... Me estoy haciendo mayor”. Martín come un plátano y unas nueces en la cocina. Nada más, porque ha almorzado mu-



Ussa le da de comer a los patos en el lago de Mendillorri. MARISABEL DÍAZ

Martín, que dice que no sabe posar, sobre su *BMX* roja. PABLO GONZÁLEZ

FRASES

Casi todas las prendas de Ussa han pasado por la tijera, pues les corta la parte de abajo

Ussa describe su estilo como *único*: ha chocado tanto en Marruecos como en Mendillorri

Todas las mañanas Ussa compra una barra de pan para alimentar a los patos del lago

“Montábamos muy diferente, era más estético”

- MARTÍN

cho en el trabajo. Después va a su habitación-taller, donde están sus cinco bicis, su colección de más de cien coches *Scalextric*, y su mesa escritorio con todo tipo de herramientas, tanto para hacer modelismo como para reparar bicicletas. Ayer se encontró la rueda trasera de su *BMX* principal pinchada, sin saber cómo ni por qué. Hoy montará su *BMX* de color rojo veteado. Previamente le quita los *pegs* del lado derecho con una llave de tubo. Nunca *grinda* por ese lado y así la bici es más ligera. “En un futuro me gustaría que esta habitación pasara a ser mi habitación de modelismo”. Martín cuida mucho de que ninguna de sus aficiones (ninguno de sus mundos) se ponga celosa por un exceso de atención a otras.

Vuelve a la cocina. Se hace un café y lo bebe con la mano derecha, un movimiento que hoy su sistema nervioso percibe sin dificultad. Coloca la gorra negra en su cabeza de pelo corto y cuelga la mochila sobre sus hombros. Agarra el manillar de su bici roja con frenos y, olvidando su móvil en la mesa de la cocina, sale del piso. Antes de cerrar la puerta verifica con sus dedos que las llaves están en su bolsillo. Entonces cierra. Baja en el ascensor con la bici en vertical, y, a las 16:00, Martín ya pedalea rumbo a Antoniutti.

Kathia combina el patinaje con una vida laboral: se formó en peluquería en el 2013 y hoy trabaja los fines de semana

Patina desde los 6 y es una apasionada del baile

Kathia Salomé Gomes en Antoniutti de noche.

MARISABEL
DÍAZ



KATHIA

Kathia Salomé Gomes nació en Águeda, Portugal, en 1993. Vive en Pamplona desde 2012. Forma parte del grupo de batucada Safara y participa en actividades comunitarias vinculadas al movimiento y la música.

KATHIA



Coreografía urbana: el baile y el patinaje se dan... los pies.

TEXTO: PEDRO DE ARBERAS
FOTOS: CEDIDAS POR KATHIA

“Ese día, mis pasos me llevaron hasta aquel baúl... Lo abrí y vi que había algo dentro, aunque no tenía idea de lo que era”. Eran un par de objetos enigmáticos, extraños, que despertaban una curiosidad casi palpable. Pero Kathia tenía seis años y no atisbaba a adivinar su función: ¿se trataba de una llave, un mecanismo ancestral de poleas... o de los zapatos más absurdos del mundo? Los sostuvo entre sus manos, los examinó —azul, rojo y algo de amarillo—, pero nada parecía encajar, ni sus manos dentro de ellos. Sin saber exactamente qué hacer, los llevó consigo a casa, sintiendo el ligero cosquilleo de un descubrimiento inminente.

Al llegar, recurrió a la guía más cercana que podía consultar, su particular oráculo de Delfos: mamá. Con la paciencia genuina que caracteriza a los seres de su misma especie, la madre le explicó que aquel objeto requería de cierto ritual: ante todo debía calzarse para poder introducir los pies en sendos ejemplares del exótico artefacto, luego ajustarlos con cuidado y, después... moverse.

Aunque la niña pronto descubriría que aquello de “moverse” ya no era tan sencillo como antes. Sintió cómo los pies perdían la natural adherencia que siempre habían reclamado al suelo. Dio un paso —o

algo que apenas merecía ese nombre— y su cuerpo, obediente como siempre a sus órdenes, falló por primera vez en cumplir su propósito: no lograba inmovilizar el pie. El equilibrio, dócil, tan asumido que ni siquiera sabía que existía, se convirtió de pronto en un animal nervioso que exigía ser domesticado.

Se aferró a las paredes, a los marcos: trató en vano de asir el aire mismo. De nuevo probó a levantar un pie, trazando un arco convexo al doblar la rodilla, con la esperanza de volver a tocar tierra firme... y se desplomó. La estabilidad se había convertido en un lujo que aquel extraño calzado no otorgaba gratuitamente. Y, aun así, persistió.

Solo al final de aquella primera batalla, la verdad se reveló con la claridad del rayo de sol que atraviesa un mar de nubes: lo que tanto le había intrigado, el misterioso calzado indescifrable, eran sus primeros patines. Armada con las instrucciones mínimas que le brindó su madre, Kathia emprendió un viaje de aprendizaje completamente autodidacta.

DE ÁGUEDA A LAS ESTRELLAS

Hoy Kathia Salomé *Gomes* tiene 31 años, vive en Pamplona y habla con la pasión de quien ha elevado el patinaje a un modo de vida, un rugido que silencia el monótono bostezo de la ciudad. Nacida en Águeda, Portugal, ha vivido en España desde 2008. Hasta los sie-

te años residió con sus abuelos en una aldea de seis habitantes. Kathia recuerda la infancia como “campo puro”: fruta arrancada del árbol, juegos con palos y piedras, reuniones en la escuela con niños de otras aldeas. Cuando cumplió los 6 años se trasladó a Águeda para vivir con su madre. La ciudad de los paraguas de colores —la intervención urbana Umbrella Sky Project— y de un festival de arte —el AgitÁgueda— que inunda las calles cada verano, le descubrió el teatro, el baile y, sobre todo, el patinaje. A pocos kilómetros, Aveiro, la “Pequeña Venecia” —con sus canales y moliceiros pintorescos— no es el hogar de Kathia pero sí un referente cercano que ayuda a dibujar el telón de fondo cultural de la zona.

Al llegar a España, Kathia se estableció inicialmente en Cintruénigo con su madre, tíos y primos, formando una especie de comuna familiar que le permitió adaptarse rápidamente a su nuevo país. Su llegada coincidió con la necesidad de generar espacios para la juventud, y con un primo suyo se involucró en proyectos comunitarios. De aquellos tiempos nació la Sociedad de Jóvenes de Cintruénigo (a día de hoy la sociedad ha cambiado de nombre a Asociación Juvenil Círculo, AJUCI), donde promovieron actividades culturales y artísticas para niños y adolescentes.

En este contexto, Kathia comenzó a estudiar peluquería en Pamplona alrededor de 2013-2014. La elección de permanecer en Pam-

plona, a pesar de la dispersión de su familia —su madre en Portugal, su tía en Irlanda y su tío viajando por el mundo— fue estratégica: le permitía incorporarse al trabajo una vez concluida su formación de peluquera. A través de estas decisiones, Kathia comenzó a construir una vida independiente que le permitió recorrer su senda como patinadora dentro de la ciudad.

ANTONIUTTI: HÁBITAT PARA PATINADORES

Pamplona no es una meca del patinaje urbano como Barcelona o Madrid, pero sí ofrece puntos concretos donde la práctica se articula y visibiliza. El *skatepark* de Antoniutti hace de Camelot para toda suerte de patinadores: una pista pública que reúne *bowls*, rampas, e incluso, una pista *roller*; un espacio que tras su reforma pasó a ser referencia para patinadores de distintas modalidades. En Antoniutti ella encuentra la mezcla que busca: un espacio para deslizarse, pero también un contacto constante con la ciudad y quienes la habitan.

Sin embargo, la relación con Antoniutti está cargada de matices: Kathia valora la pista pero reclama más espacios tanto cubiertos como al aire libre. Advierte la tensión entre quienes compiten en circuito de velocidad y el tránsito de peatones y niños en zonas contiguas. La presencia de un parque infantil en las inmediaciones supone un peligro innecesario para los niños. El resultado es una reivindicación pragmática: la ciudad necesita recursos para que la práctica sea segura y a la vez accesible. Ese reclamo no es solo cuestión de comodidad. Va al corazón de la idea de la ciudad como bien común: pistas adecuadas multiplican las posibilidades educativas, sociales y culturales del patinaje.

Kathia insiste en una idea alejada de sesgos: la estética del patinaje es diversa. Ve a jóvenes con luces en las ruedas, chicas disfrazadas como conejitas o góticos con patines; ve en ciudades grandes, como

FRASES

“Ese día, mis pasos me llevaron hasta aquel baúl... Lo abrí y vi que había algo dentro, aunque no tenía idea de lo que era”

“Hola, me llamo Kathia, quiero hacer amigos, ¿queréis ser mis amigos?”

“Las ruedas de silicona, que van como mantequilla por el asfalto”

“Si tú no te cuidas, ¿quién lo hará?”

- KATHIA

Barcelona y Madrid, una amplitud de identidades que deja fuera las etiquetas. En Pamplona, quizá por ser más “cerrada”, según ella, cuesta más romper el hielo, pero una vez abierto el círculo, la comunidad es “increíble”.

Recordaba cómo, recién llegada, se acercó a un grupo de jóvenes en un *skatepark* y se presentó: “Hola, me llamo Kathia, quiero hacer amigos, ¿queréis ser mis amigos?”. Esa acción directa y sincera le permitió integrarse rápidamente, y con el tiempo, ese grupo se convirtió en su “familia elegida”.

También habla de los códigos del *skatepark* —*grinding*, piruetas, 360— que respeta en lo que hace pero que no le obsesionan: ella no recuerda nombres técnicos de trucos porque su práctica ha sido más intuitiva que académica. Esa genealogía del saber práctico es común en muchas subculturas urbanas: se transmite por observación, por imitación y por prueba. Lo importante, subraya, es el reconocimiento del grupo: cuando a alguien le sale bien un truco, los demás aplauden. Cuando se cae, todos se aseguran de que se encuentra bien.

SEGURIDAD Y LIBERTAD

A la hora de escoger los patines, Kathia prefiere la bota dura, con buenos rodamientos y “las ruedas de silicona, que van como mantequilla por el asfalto”. Pero no recomienda ningún tipo de casco o coderas. De sus palabras sale una contradicción frecuente entre *ridders*: Kathia nunca ha usado protecciones de forma sistemática. Confiesa que debería, que muchas caídas podrían evitarse, pero también teme que el equipo limite la libertad de movimiento que incorpora con su baile. “Las rodilleras, coderas... me delimitarían algunos movimientos”, explica. Para quien incorpora baile y movimiento coreográfico, las protecciones pueden sentirse como una limitación física. Es un gesto de riesgo calculado —no temerario— fruto de la tensión entre seguridad y expresión, aun-

que admite que “si tú no te cuidas, ¿quién lo hará?”.

Kathia sostiene que por increíble que parezca, no ha tenido muchas lesiones, y casi parece que habla de un récord de resistencia. Pero pronto la memoria la transporta a aquella caída memorable: estaba parada, decidió patinar, y un encuentro traicionero con una rejilla de desagüe pluvial la lanzó literalmente “de morros pa'lante”, abriéndose la rodilla al caer. Sin ambulancias ni médicos disponibles en aquel rincón de Portugal, el paseo al hospital se volvió un espectáculo tragicómico: Kathia, sujetándose la hemorragia como podía, y su amiga, sollozando y murmurando cosas ininteligibles mientras patinaban hacia la atención médica. Dos puntos y vuelta a la pista.

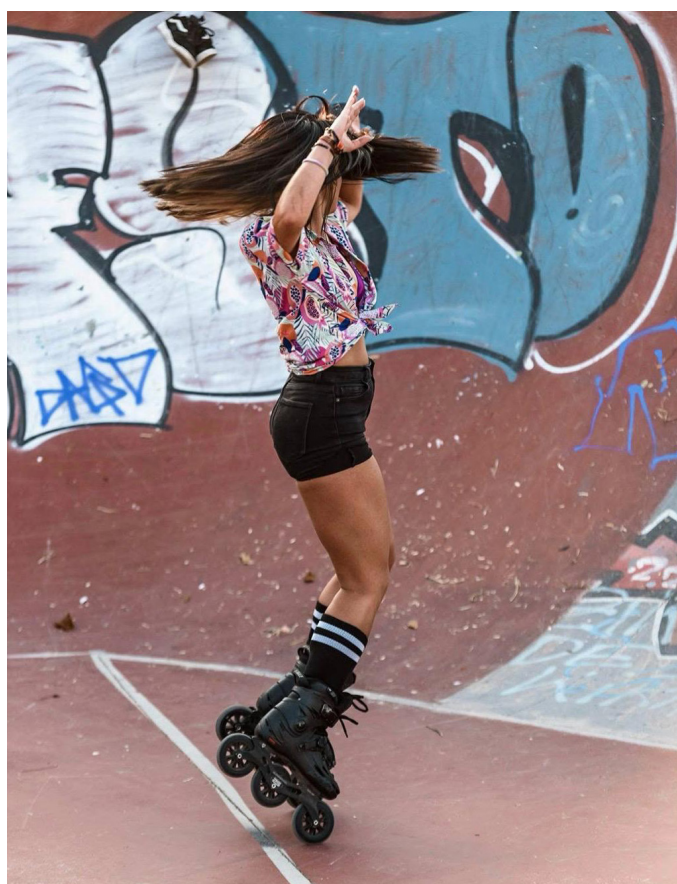
El patinaje y la danza han sido siempre dos pasiones que, aunque distintas, han articulado la vida de Kathia. “Los patines por un lado y el baile por otro son dos modalidades totalmente diferentes. Entonces, cuando descubrí estos mundos, me pregunté... ¿y por qué no juntarlos?”, recuerda con entusiasmo. La curiosidad por experimentar la llevó a probar movimientos de baile en sus giros sobre ruedas, fusionando con creatividad disciplinas que desentrañaron en su estilo una armonía natural.

Kathia forma parte de un grupo de batucada llamado Safara que participa en eventos, bodas y fiestas. “Hay cosas que igual no se dan mucho a conocer o de entrada la gente no se anima, pero en el momento que rascas un poquito ves que la sociedad necesita y quiere este tipo de actividades”, afirma.

La historia de Kathia no es la de una atleta olímpica ni la de una influencer: es la de una patinadora local que personifica cómo lo cotidiano se torna extraordinario cuando alguien decide practicarlo con amor y constancia. Su recorrido —que brotó del interior del baúl de un garaje destartado al *skatepark* de Antoniutti en Pamplona— es buena muestra de ello.



Cuando la brisa del mar se mezcla con el ritmo de las ruedas.



El mínimo apoyo, la máxima precisión: Kathia levita en el *bowl*.



El sol acaricia su silueta mientras Kathia traza un surco de libertad sobre el hormigón.

NACHETE

TEXTO: SOFÍA LÓPEZ

El niño del casco negro con solo un cuernito y stickers de colores aprieta bien las manos al manillar del *scooter* y se impulsa hacia el abismo.

Manuel Ignacio Ortiz García, alias “Nachete”, tiene 8 años y nació en Valencia, Venezuela. Acomoda el *scooter* antes de lanzarse. La rueda del frente volando, la base del *scooter* contra el *coping* del *bow*, la de atrás firme sobre el hormigón. Posiciona su pie izquierdo sobre la base del “*scoot*”, como ellos le llaman, y el derecho en el suelo, agacha la cabeza y con ligereza inclina su cuerpo hacia delante. Grita ‘voy’, dobla las rodillas, se impulsa con el pie derecho, lo sube al *scooter*, en segundos, como un halcón en picada, está volando.

Nachete llegó hace dos años con su familia a España y llevan cinco meses en Pamplona. Antes habían vivido en Valencia, Puerto Cabello, Chacao (Caracas), Villanueva, Málaga, Motril y Granada. “Por, no sé, porque el gobierno y todo eso. Nos dice: ‘Vengan para... Villanueva’. Menos veinticinco mil grados, ¿sabes? ¡Un frío más que aquí! Si lo comparamos...”. Responde a la entrevista con una sonrisa traviesa que deja ver sus dos dientes de ratón, grandes y separados.

El *skatepark* de Antoniutti es el lugar al que Nachete va después del cole. “Tercero B”, dice con orgullo. Su asignatura favorita es

Educación Física, por supuesto. Lo que más extraña de Venezuela es la comida, en especial las arepas de mortadela y el perro venezolano. “Es un perro caliente con especias venezolanas... no sé, creo que son como patatas y todo eso”, se explica metiendo los puños en las mangas. La sudadera le tapa las manos, que mantiene apretadas frente a la boca como si le dieran calor. Está sentado “de moñito”; el chándal negro que lleva tiene agujeros en las rodillas. Luego añade, entre risas, otra cosa que echa de menos: “Ah, y las palabras”. Se ríe más fuerte, mira de reojo, y grita: “¡Las palabrotas!”. Las dejaremos para otra ocasión... Bueno, está bien, una: “Coño e’ madre”.

Su mamá, Melina, es repostera y pintora; su papá, Manuel Julio, trabaja en E.Leclerc, en la pescadería. Y también en una gasolinera. Él hace *skate* y ha sido quien le ha enseñado y apoyado desde pequeño. “El *skate*... lo que más me gusta es... eh... mmm... el sonido, que suena: ¡sssss! El sonido y la sensación.” Del *scoot*, en cambio, le gusta “eh... todo” —dice riéndose—. Nachete práctica de todo: *skate*, *scoot* y *BMX*. Recuerda que el primero que tuvo fue a los

dos años, un *scoot* que le regaló su mamá, “uno de los del chino”, cuenta entre carcajadas. Era verde, de Hulk, y aunque le encantaba, no sabía conducirlo; se veía a sí mismo protestando: “¡Mamá, esto es imposible!”. Se le pregunta a quién admira, tarda un segundo y luego responde: “Eh, aaa... a Maluma, a Ed Maverick y aaa... ah, vaya... *gallo hipo hipo*... eeeh, a mi papá”. Y explica con timidez por qué lo admira: “Porque me enseña todo, me cuida y me protege. Me quiere y todo eso”.

Cuando Nachete habla del *scoot*, sus ojos color chocolate se iluminan. Cuenta orgulloso el truco que mejor domina ahora: “Yo creo que el *motor whip*”, y lo describe como las motos de motocross haciendo una especie de colead. Lo que más le gusta de venir al *skatepark*, además de patinar, es ver cómo la

gente se cae. “Es la verdad, no voy a mentir en una entrevista”, grita, estallando de energía y contagiando su entusiasmo a todo el que le rodea.

¿Con qué sueña un niño con un *scoot*? Con hacer un truco nunca antes visto en la historia del *skate*: el *back flip rewind*. Nachete se lo inventó. “Bueno, es imposible, es mi imaginación”, afirma con inocencia. Es como hacer un *back flip* y, en medio del aire, volver atrás, jugando con la gravedad como si fuera un límite que se puede burlar, siempre con ese toque de diversión que lo caracteriza.

Pero los sueños de Nachete no se quedan solo en el *skate*. De grande quiere ser policía y “tener una buena novia”, afirma con esa misma sinceridad infantil. En el mundo del *skate*, su ambición es convertirse en profesional: “Ser profesional. Participar en Red Bull”, dice con la alegría y sencillez con la que los niños ven la vida. Para este punto de la entrevista ya tiene hipo, riéndose sin poder evitarlo, y parece un superhéroe que lo tiene todo: imaginación, energía y ganas de comerse el mundo.

A veces deleita a sus amigos tocando el ukelele. Su canción favorita es “Sí... eeeh, la que escucho con mi padre cuando me baño, son de México... de Ed Maverick, no sé si lo conoces”. Además, dice que sabe tocar música de su tierra natal, el *Joropo* —“que aquí es como la gaita” (*spoiler*: no es como la gaita)—. Mirar-

lo hacer lo suyo es como ver a una pulga voladora lanzándose por las rampas; sin ningún problema, se reincorpora siempre donde están sus amigos, listo para compartir risas y trucos.

“Te cuento un secreto, Nacho”, interrumpe la entrevista Julen: un chico alto de origen dominicano; zapatillas rojas, pantalones negros, camiseta blanca, una cruz en el cuello que cuelga por fuera junto con los audífonos y trenzas finas que le dan todo el *flow*.

“¿Qué?” contesta Nachete. “No tener amigos de tu edad es mejor, porque creces con otras expectativas y desarrollas más la mentalidad”. Julen hace *BMX*. Los amigos de Nachete del *skatepark* le sacan, como poco, veinte años de diferencia. Todos le cuidan y lo miran con ternura.

“¡Hostia!”, dice Nachete al ver que alguien planchó un truco.

—No digas eso —le corrige Unai con un cariñoso golpe en el casco.

Unai es de Pamplona y tiene 27 años; hace *BMX* pero también le da al *scoot*. Está todo el rato pendiente de Nachete: le pregunta si está bien, lo vigila de reojo y llama a sus padres cuando el pequeño tiene ganas de irse.

En Antoniutti se respira una comunidad muy diversa. Está el tipo con los cascos grandes y negros, bailando solo mientras se nota un leve aroma a marihuana; Junior, un brasileño con gafas negras, gorra plana y un yeso en la muñeca; un niño con un casco de dinosaurio rojo. Todo parece moverse en un mismo compás: *skates*, *scooters* y *BMX*. Adultos y niños se entrelazan en el ritmo del parque, algunos con cervezas, gente con tatuajes de todo tipo...

Y entre toda esa energía, para Nachete hay un compañero que destaca por encima de todos, se cae y se levanta, el que le enseña que en la vida hay que tener valor, el que es la extensión de su mundo o de su cuerpo: “El más importante que tengo es el patín”.



Manuel Ignacio Ortiz García “Nachete” posando en Antoniutti de noche.

MARÍA GABRIELA MORALES

Punto de encuentro

CARTA DE LA DIRECTORA

Ruedas. Ejes. Tabla. Manillar. Por sí solas, estas piezas no significan mucho. Cobran sentido al encajarlas con las demás. Igual que las personas. Antoniutti nos ha descubierto la realidad de un lugar donde confluyen historias divergentes: un punto de encuentro donde cabe todo el que quiera entrar. Y nosotros hemos querido. Gracias a Arkaitz, Dani, Kathia,

Martín, Ussa, Nachete y a todos los demás por encajarnos dentro del engranaje propio de esta comunidad.

Gracias a quienes le han puesto palabras a la historia del hormigón, a la ráfaga de viento que te da en la cara cuando pasan las bicis, a la música tenue de los cascos de alguien cuando se los quita para saludarte, a la mirada de otro cuan-

do abre su alma sin más pretexto que un “por favor”... y a las risas, a los silencios, a los espacios privados y a los públicos. Han logrado que el papel dejara de ser estático: ahora vibra con el dinamismo de una comunidad que no se queda quieta. Gracias.

Antes de entrar, veníamos preparados para engrasar las partes, por si acaso no encajaban. No hizo falta: las historias se integraron solas. No encontramos un tornillo suelto. Todos tienen que ver con todos. Nuestro enfoque, el lugar, hubiera retratado un espacio muerto sin las personas

que –juntas– le dieron y le siguen dando la vida. El *skatepark* solo cobra sentido a la luz de quienes lo ocupan.

Este proyecto ha sido eso. Un punto de encuentro. Entre patinadores y periodistas. Entre quienes viven por la fugacidad del movimiento y quienes buscan inmortalizarlo en papel. Por suerte, no se queda aquí. Antes, el punto de encuentro servía para el ocio de algunos y el lugar de trabajo para otros. Ahora, sirve de excusa para llamar y decir: nos vemos en Anto.

- MARISABEL DÍAZ

EQUIPO

Pedro de Arberas, Camila Cohen Arazi (diseño), Marisabel Díaz Rivera (dirección), Ion Erice Mon, María Gabriela Morales Reyes, Gonzalo Sánchez Garrido, Pablo González Calvo, Pablo Rodríguez Matesanz, Alejo López Vila y Beatriz Eguigurems Orellana.